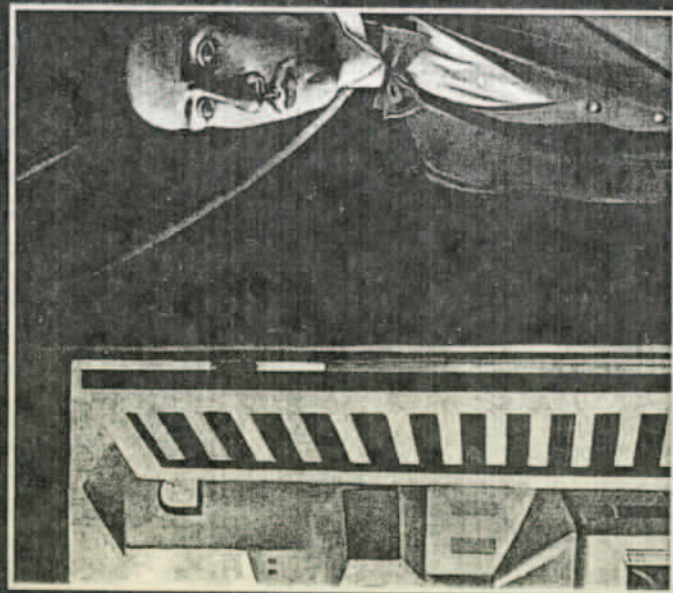


La desaparición de Majorana



En 1938, tras embarcar en Nápoles con destino a Palermo, el físico siciliano Ettore Majorana desapareció y nunca nadie volvió a verlo. En una de sus últimas cartas, dirigida a un colega de la Universidad de Nápoles, Majorana expresaba su intención de suicidarse. Tras varias pero torpes pesquisas, la policía atribuyó esa decisión a un acto de locura. La verdad, sin embargo, no resultará tan obvia. Atraído por esta extraña desaparición, Leonardo Sciascia abunda en la trayectoria vital y la personalidad de este joven y eminente científico, en sus relaciones con su familia y sus colegas, para apuntar otras hipótesis. En esta «novela filosófica de misterio», como la define el propio Sciascia, saldrán a la luz los precoces hallazgos de Majorana en torno a la energía atómica y su poder destructivo, de aterradoras consecuencias en la Europa de Hitler y Mussolini. Tal vez en todo ello, unido a la condición de genial hombre de ciencias de Majorana, radique la clave de la desaparición más misteriosa de la historia científica del siglo XX.

Ilustración de la cubierta: *Retrato de Ettore Majorana* (1928), de Gregorio Scittian, óleo sobre tela, 220 x 120 cm.
© Derechos reservados.

PVP 12,50 €

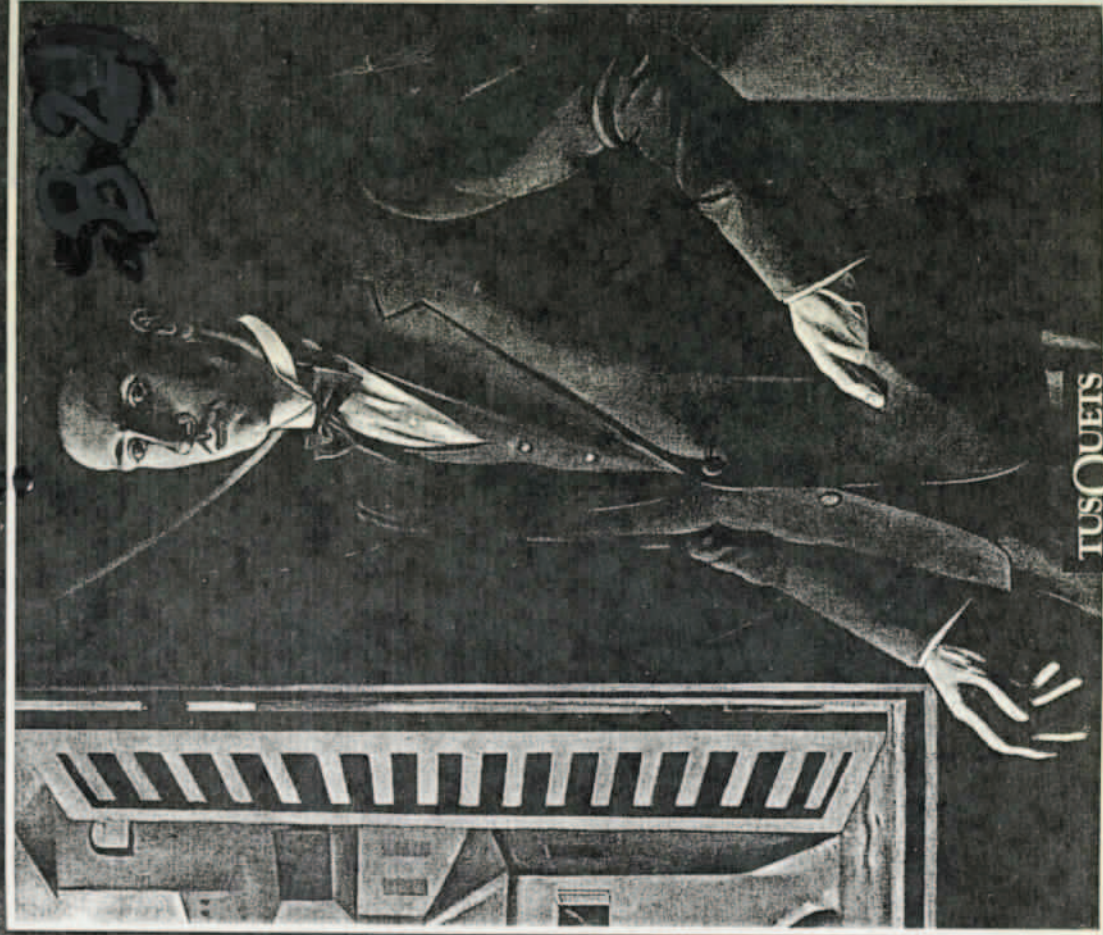
ISBN 978-84-8383-008-6



Leonardo Sciascia LA DESAPARICIÓN DE MAJORANA

colección andanzas

Leonardo Sciascia / LA DESAPARICIÓN DE MAJORANA



TUSQUETS

LA DESAPARICIÓN DE MAJORANA



Ä
colección andanzas



Libros de Leonardo Sciascia
en Tusquets Editores

ANDANZAS	FÁBULA
1912+1	El Consejo de Egipto
La bruja y el capitán	Todo modo
El Consejo de Egipto	El contexto
Puertas abiertas	1912+1
Todo modo	Los tíos de Sicilia
El caballero y la muerte	Una historia sencilla
Una historia sencilla	Cándido
Cándido	o Un sueño siciliano
o Un sueño siciliano	El caballero y la muerte
El contexto	Puertas abiertas
Los tíos de Sicilia	La bruja y el capitán
Los apuñaladores	
La desaparición de Majorana	AFUERAS
	Horas de España

LEONARDO SCIASCIA
LA DESAPARICIÓN DE MAJORANA

Traducción de Juan Manuel Salmerón

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La scomparsa di Majorana*

Índice

1.ª edición: julio de 2007

© Leonardo Sciascia Estate. All rights reserved. Published in Italy by Adelphi Edizioni, Milano.

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2007
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-8383-008-6
Depósito legal: B. 28.651-2007
Fotocomposición: Foina - Passatge Gaiola, 13-15 - 08013 Barcelona
Impreso sobre papel Goxua de Papelería del Leizarán, S.A. - Guipúzcoa
Impresión: Liberdúplex, S.L.
Encuadernación: Reinbook
Impreso en España

Capítulo I	13
Capítulo II	23
Capítulo III	33
Capítulo IV	47
Capítulo V	57
Capítulo VI	67
Capítulo VII	75
Capítulo VIII	83
Capítulo IX	93
Capítulo X	101
Capítulo XI	109

¡Oh, nobles sabios, no puedo responder a vuestros
esfuerzos más que con la muerte!

Vitaliano Brancati, *Minutario* (27 de julio de 1940)

Le gustaban sobre todo Shakespeare y Pirandello.

Edoardo Amaldi, *Nota biográfica de Ettore Majorana*

La desaparición de Majorana

«Roma, 16 de abril de 1938, XVI

»Excelentísimo señor:

»Le ruego que reciba y escuche al señor Salvatore Majorana, que ha de conferenciar con usted sobre el desgraciado caso de su hermano, el profesor desaparecido.

»Al parecer hay nuevos indicios que aconsejan investigar también en los conventos de Nápoles y alrededores, quizá de todo el sur y el centro de Italia. Le encarezco mucho el asunto. El profesor Majorana ha sido en los últimos años una de las grandes eminencias de la ciencia italiana. Si, como esperamos, estamos todavía a tiempo de salvarlo y devolverlo a la vida y a la investigación, no debemos excusar ningún medio.

»Reciba cordiales saludos y mis mejores deseos de felices pascuas, suyo,

»Giov. Gentile.»¹

1. Giovanni Gentile (1875-1944), filósofo italiano, fue ministro de Educación con Mussolini. (N. del T.)

Esta carta, escrita en papel con membrete del «Senado del Reino» y metida en un sobre que decía: «Del senador Gentile - Urgente - Para S.E. el senador Arturo Bocchini - E.M.», la recibió sin duda E.M. (En Mano) Bocchini, el jefe de policía, el mismo día en que fue escrita. Dos días después, el señor Salvatore Majorana se presentó en su despacho, y en la ante-sala, al rellenar la solicitud de audiencia, donde ponía: «Objeto de la visita (especificar)», especificó: «Tratar sobre importantes indicios en el caso del desaparecido profesor E. Majorana. Carta del senador Giovanni Gentile».

Bocchini lo recibió, seguramente de mala gana. Había tenido tiempo para informarse sobre el caso y, por su experiencia y oficio, debió de pensar que era lo de siempre: un loco desaparecido y una familia no menos loca. Sabido es que la ciencia, como la poesía, está a un paso de la locura, y ese paso creyó que lo había dado aquel joven profesor arrojándose al mar o al Vesubio o dándose muerte de una manera más estudiada. Y la familia, como ocurre siempre que no aparece el cadáver o aparece tiempo después, por casualidad y ya irreconocible, comete la locura de creer que sigue vivo; sin embargo, esta

locura duraría poco si no fuera por esos otros locos que siempre salen diciendo que han visto y reconocido al desaparecido, y dan de él señas (que, en realidad, al principio son vagas, pero que la familia, con su ansioso preguntar, convierte en ciertas). Seguro que era eso: ahora los Majorana creían que el joven profesor vivía retirado en un convento, y tan convencidos estaban que poco les habría costado convencer a Giovanni Gentile, un filósofo al que él, el jefe de policía, no podía tratar como a un filósofo.

Ya la petición de buscar en los conventos -de Nápoles y alrededores, del sur y del centro de Italia, decían, aunque ¿por qué no también del norte, o de Francia, o de Austria, o de Baviera, o de Croacia?- le habría bastado para mandar el caso al diablo; pero estaba por medio el senador Gentile. Aun así, de lo de los conventos ni hablar: que los familiares del desaparecido se dirigieran al Vaticano o al Papa; seguro que suplicar daría más resultado que cualquier investigación de la policía, del Estado italiano. Lo único que podía hacer el senador Bocchini era ordenar otra investigación más a fondo -a partir de los testimonios e indicios que, según el señor Salvatore Majorana, demostraban que su hermano no se había suicidado.

La entrevista, en la pluma del secretario, halló trámite y síntesis, síntesis admirable, como la de todos los comunicados de la policía italiana, en los que aquello que parece, en el plano gramatical, sintáctico y lógico, raro o incoherente, es en cambio un lenguaje que alude, indica u ordena. Teniendo esto en cuenta, el documento da la impresión sin duda certera de que lo que se pedía a la Div. Pol. (¿División Política?) a la que iba dirigido y a las policías de Nápoles y Palermo era que se atuvieran a la hipótesis más probable y menos complicada: la de que el profesor se había suicidado. Es decir, ya sabían cuál había de ser el resultado de la nueva investigación.

«Objeto: Desaparición (con propósito de suicidio) del profesor Ettore Majorana.

»El señor Salvatore Majorana, hermano de Ettore Majorana, el profesor desaparecido el 26 de marzo del corriente, informa de nuevas circunstancias que la propia familia ha podido verificar.

»El caso ya se investigó en su momento con la colaboración de la policía de Nápoles, y ni en esta ciudad ni en Palermo se sacó nada en claro. El profesor Majorana embarcó en Nápo-

les con destino a Palermo con idea de suicidarse (según anuncia en unas cartas), y se creyó que se había quedado en Palermo. Pero esto puede ahora descartarse porque en la empresa de transportes Tirrenia ha aparecido el billete de vuelta y el sujeto mismo fue visto a las cinco en la cabina del barco, durmiendo, durante el viaje de regreso. A primeros de abril parece que también lo vio —y reconoció— en Nápoles, subiendo por Vía Santa Lucia, entre el Palacio Real y la Galleria, una enfermera que lo conocía y que vio y adivinó el color del traje.

»Por eso los parientes del profesor Majorana están convencidos de que regresó a Nápoles, y piden que se examinen de nuevo las fichas de hotel de la ciudad de Nápoles y provincia (la primera *i* de Majorana se escribe *j*, por lo que bien pudo pasar inadvertido en las primeras investigaciones)² y que la policía de Nápoles, que ya dispone de una fotografía, intensifique la búsqueda. Por ejemplo, podría averiguarse si compró alguna arma en Nápoles del 27 de marzo en adelante.»

2. En italiano, la *i* entre vocales podía escribirse *j* (*i lunga*). (N. del T.)

Lo que primero llama la atención es el evidente descuido de advertirnos que la primera *i* se escribe *j*, ya que íes Majorana sólo tiene una; pero el despiste podría tener el papel que se suele atribuir a los lapsus, y dar a entender: vean a qué absurdos detalles se aferra esta absurda gente. Menos distracción o error parece el afirmar que la enfermera «adivinó» el color del traje; eso encerraba un juicio sobre su testimonio: ella dice que lo vio, pero debe entenderse que lo adivinó. En todo el comunicado, por lo demás, hay como un sobrentendido: téngase en cuenta que quienes piden una nueva investigación y aportan las pruebas son los familiares; nosotros seguimos convencidos de que el profesor, aunque no se sepa dónde ni cómo, se suicidó... y así como no se sacó «nada en claro» de las primeras investigaciones, tampoco se sacará nada en claro de éstas.

[Sobre el documento hay notas manuscritas en letra grande y premiosa; la primera, a lápiz violeta, dice: «Urge trat(arlo)»; la segunda, a lápiz verde: «Decir a la Div. Pol. que S.E. desea que se intensifique la búsqueda». Estas dos notas son casi ilegibles; no así la tercera, a lápiz azul, que dice: «Hecho». Los tres colores reflejan seguramente el orden jerárquico: el violeta, que

entonces era señal de distinción, de una distinción levemente anticuada (usó tinta violeta Anatole France, y los escritores entre 1881 y 1930 en general redactaron lo que los catálogos de libros antiguos denominan «llamadas» con tintas de un violeta litúrgico), era quizá del mismo Bocchini (persona, por lo que entonces se decía, refinada, liberal, epicuréa); el verde, que denota el deseo servil y por tanto vulgar de imitar la originalidad del superior, debía de ser del secretario, y el azul, por último, color académico y burocrático, del jefe de la «Div. Pol.»

En el reverso del segundo folio hay, a pluma, una última anotación: «Despachado con el doctor Giorgi, que ha tomado nota y ha procedido. 23/4. ARCHIVAR».

Apenas cinco días después de la entrevista del señor Salvatore Majorana con el jefe de policía, esa palabra, «archivar», daba prácticamente por cerrado el caso. Un comunicado anónimo se incluyó luego en el expediente (con firma al final del funcionario que lo visó), fechado en «Roma, 6 de agosto de 1938» (así, sin hacer constar el año de la Era Fascista, curiosa y grave omisión si era un documento oficial):³ «Volviendo a

3. El primer año de la Era Fascista, la cual duró hasta la caída del fascismo en julio de 1943, se inició al día siguiente de la Mar-

lo de los movimientos contra intereses italianos, sé que en ciertos ambientes hay quien sospecha que Majorana, hombre de grandísimo valor en el campo de la física y en especial de la radio-transmisión, y el único que podía proseguir los trabajos de Marconi en interés de la defensa nacional, ha sido víctima de alguna oscura conspiración para quitarlo de en medio».*

El anónimo informador, evidentemente especializado en olerse *movimientos contra intereses italianos*, se anticipaba en algunos años, y, como a todos los que se anticipan, nadie debió de hacerle caso. Sospechas como éstas, en 1938, no las tomaban en serio ni los servicios secretos alemanes o norteamericanos, y difícilmente los ingleses o franceses. Y la policía italiana debió de

cha sobre Roma, es decir, el 29 de octubre de 1922. A partir de 1927 era obligatorio añadir el año de la Era Fascista al año de la era cristiana, en números romanos; 1938 era el XVI, tal como figura, por ejemplo, en la carta del inicio. (N. del T.)

* Esta breve nota ilustra con elocuencia sobre la clase de gente que eran la mayoría de los «confidentes». La sospecha de que la desaparición de Majorana fuera un caso de intriga y espionaje *contra intereses italianos* sólo podía brotar en *ambientes* de la más baja administración, entre porteros y ujieres (lo que seguramente era el anónimo «confidente»), entre tenderos y comerciantes; pero no, desde luego, entre físicos, diplomáticos y altas jerarquías del ejército y de la administración. Y seguro que los que concibieron esa sospecha lo hicieron después de que *La Domenica del Corriere* publicara la noticia de la desaparición de Majorana, y eran lectores de esta publicación. (N. del A.)

considerar aquello tan absurdo que decidió dar carpetazo definitivamente al caso Majorana. Es cierto que los italianos creían que Marconi había dejado listos algunos inventos que, a falta de otra cosa —como ya iba viéndose—, harían invencible a Italia en la guerra que se temía inminente. En particular, se rumoreaba acerca del invento de un «rayo mortal» con el que, se decía, se había experimentado fulminando desde Roma una vaca colocada al efecto en un descampado de Addis Abeba. Solamente queda constancia de esto en esa especie de «diccionario de las ideas recibidas» bajo el régimen fascista que es la comedia *Raffaele* de Vitaliano Brancati:

«—¡En Etiopía ha muerto una vaca!

»—¿Una vaca? ¿En Etiopía? ¿Y qué tiene eso de raro?

»—¡Si supieras cómo ha muerto!

»—Pues ¿cómo ha muerto?

»—Parece ser que Marconi ha probado un rayo mortal que fulmina sin piedad a cuantos animales y seres humanos pilla por delante.

»—¿Qué me dices? ¡Pues estamos de suerte!».

Pero no eran sino eso, ilusiones; demasiado bien lo sabía Arturo Bocchini.

El ciudadano que nunca ha hecho nada contra la ley ni ha tenido que recurrir a ella por agravios de otros; el ciudadano que vive como si la policía sólo existiera para cumplir trámites administrativos como el pasaporte o la licencia de armas (de caza), si de pronto, por circunstancias de la vida, se ve obligado a apelar a la ley, a necesitarla como institución, siente que lo acomete un desamparo, una impaciencia, una rabia muy grandes, y tiende a pensar que la seguridad pública, en la medida en que existe, se debe más a la poca y esporádica tendencia del hombre a delinquir que al celo, la eficiencia y la sagacidad de la policía. Es una impresión en parte objetiva, y que vale más o menos para todo tiempo y lugar. Pero cuando se trata de buscar a una persona desaparecida, y teniendo en cuenta la ansiedad e impaciencia de quienes quieren encontrarla, esa impresión puede también ser en-

teramente subjetiva, y por tanto injusta. Así, reconocemos que quizá somos injustos con la policía italiana, porque a nuestros ojos no investigó la desaparición de Ettore Majorana con el celo suficiente o, mejor dicho, no la investigó en absoluto, y más bien dejó que lo hiciera la familia, limitándose, como evidencia el comunicado antes citado, a «colaborar» (y, fácil es imaginarlo, no por mucho tiempo). Y lo reconocemos porque también nosotros, treinta y siete años después, queremos «encontrar» a Majorana, y para eso no disponemos más que de unos cuantos documentos, muy pocos de ellos en el expediente que figura a su nombre en la Dirección General de Seguridad Pública.

No obstante, con estos poquísimos documentos podemos revivir la ansiedad, la impaciencia, la decepción por la poca sagacidad y eficiencia de la policía que sin duda vivió entonces, más dolorosa y dramáticamente, la familia de Ettore Majorana.

Cierto es que también la otra parte, la policía, tiene sus razones. El caso era, como burocráticamente quedó especificado en el «objeto», y por tanto objetivamente, una *desaparición con propósito de suicidio*. Había dos cartas —una dirigida a la familia, la otra a un amigo— en las que se

anunciaba claramente dicho propósito, y en la dirigida al amigo hasta la forma y la hora de llevarlo a cabo. Que luego Ettore no lo hiciera a las once de la noche del 25 de marzo en el golfo de Nápoles sólo significaba para la policía —por experiencia, por estadística— que lo hizo más tarde y en otro lugar. Querer descubrir cuándo y dónde era, sencillamente, perder el tiempo. Nada había que prevenir o castigar, y el problema se reducía a encontrar un cadáver. Pero solucionarlo era importante para la familia —y solucionarlo consistía, a la manera de Pirandello, en convenirse y en resignarse poco a poco, con los funerales, las necrológicas, el luto, las visitas a la tumba—; no era importante para la policía ni, como dicen los norteamericanos, para el conjunto de los contribuyentes. Y aunque Ettore Majorana no se hubiera suicidado, aunque sólo se hubiese escondido, el problema era entonces encontrar a un loco. Y no valía la pena tener a hombres «ocultos» buscando un cadáver que sabe Dios si encontrarían, o a un loco que tarde o temprano llamaría la atención y se descubriría (aquí entra nuevamente la experiencia, la estadística).

Que Majorana no estuviera muerto o que, de seguir vivo, no fuera un loco, nadie, no sólo la policía, lo sabía ni lo podía concebir. La alter-

14

nativa que el caso planteaba era muerte o locura. Si para buscar a Majorana vivo y, como suele decirse, en plena posesión de sus facultades mentales, la policía hubiera pensado en otras alternativas, ella misma se habría vuelto loca. Además, en aquel momento, ninguna policía, y menos aún la italiana, habría sospechado nunca un móvil racional y lúcido en la desaparición de Majorana, ni habría sido capaz de «enfrentarse» a él. Pues de eso se trataba: de medirse con un hombre inteligentísimo que había decidido desaparecer y que había calculado con exactitud matemática cómo hacerlo. Dijo Fermi: «Con lo inteligente que era, si hubiera decidido desaparecer, o hacer desaparecer su cadáver, lo habría conseguido sin ninguna duda». Sólo un detective habría aceptado el reto, como por ejemplo, el señor Charles Auguste Dupin en algún relato de Poe. Pero habida cuenta de lo que era, de lo que es, de lo que no puede no ser la policía... Es un poco lo mismo que dice Bergotte sobre el profesor Cottard, y en general sobre la figura del médico, en *À la recherche*: «Es un imbécil. Admitiendo que eso no le impida ser un buen médico, lo cual me parece difícil, desde luego sí le impide ser un buen médico de artistas, de personas inteligentes... Las enfermedades de las

personas inteligentes son fruto, en sus tres cuartas partes, de la inteligencia. Necesitan un médico que al menos sea consciente de eso. ¿Cómo quiere que lo cure Cottard? Él sabe lo mal que se digieren las salsas, qué es una indigestión, pero no piensa en que se haya leído a Shakespeare... Dirá que padece usted dilatación de estómago, ¿para qué hacer visitas? Se le ve en los ojos el diagnóstico, se le refleja en las gafas».

Proust no pensaba que Cottard fuera imbecil, ni nosotros queremos decir que lo sea la policía. Pero nos resulta imposible imaginar que el drama de un hombre inteligente, su voluntad de desaparecer, sus razones, puedan haberse reflejado en las gafas de un comisario de policía, de Bocchini, por ejemplo, de otro modo que como sinrazón, como locura.

El resto es silencio.

De que Mussolini, informado y apremiado por una «súplica» de la madre de Ettore y una carta de Fermi, pidiera a Bocchini el expediente y estampara en la cubierta un «Quiero que lo encuentren» que luego Bocchini, con letra menos enérgica, comentó así: «A los muertos se

los encuentra, son los vivos los que desaparecen»; de que se barajara la posibilidad del secuestro o la fuga al extranjero; de que intervinieran los servicios secretos; de que la búsqueda fuera particularmente intensa y hasta febril, de todo esto no tiene la familia otros documentos que las copias de la «súplica» de la señora Majorana y de la carta de Fermi. Y es posible que la primera hiciera cierto efecto en Mussolini; porque la segunda sin duda no lo hizo.

Estamos a finales de julio de 1938; el 14 se publicó el «Manifiesto de la raza». Fermi no se sentía seguro en Italia y estaba pensando exiliarse. Constituía además una figura hasta cierto punto incómoda para el régimen: era el «número uno» en física como el gran Meazza lo era en fútbol, y por añadidura el catedrático más joven de Italia. En tan delicada coyuntura, podemos imaginar con qué alivio debió de salir para Estados Unidos tras recoger el Premio Nobel... sin hacer, por cierto, el «saludo romano».* Por eso

* El hecho de que Fermi estrechara la mano del rey de Suecia en lugar de hacer el saludo romano suscitó entonces en la prensa italiana acerbados comentarios. A quien no vivió bajo el fascismo le será difícil imaginar los disgustos que podía costarle a alguien dar distraídamente la mano en lugar de hacer el saludo romano. Veamos de nuevo en la comedia *Raffaele* qué angustioso e insoluble problema podía plantear la abolición del apretón de manos:

su carta era en aquel momento inoportuna y contraproducente, incluso por la manera como estaba escrita, con la que daba la impresión de dirigirse a un ignorante: «Le confieso, y no es exageración, que de todos los estudiosos italianos y extranjeros a los que he tenido la ocasión

«-Y dígame, señor secretario federal, pongamos que el rey viene a mi tierra, como parece que hará, y me tiende la mano, ¿yo qué debo hacer?

-¿Si le tiende la mano?... Buena pregunta... Si le tiende la mano... ¡Venga aquí! Supongamos que yo soy el rey.

-¿Y yo? Lo digo para saber cómo comportarme.

-Usted es usted mismo, el secretario político... ¿Cómo se llama?

-Gorgoni.

-¡Secretario político Gorgoni!... ¡Salúdeme! ¡Vamos, salúdeme!

-¡Saludo al rey!

-¡No, no, no, no!... Debe decir: «¡Saludo al Duce!».

-¿No decía que era el rey?

-Eso da igual... Usted debe decir: «¡Saludo al Duce!».

-Vale, diré eso.

-¡Siga con el brazo en alto!... Ahora yo le tiendo la mano... ¡No, no, no! Hagámoslo al revés: yo soy usted, el secretario político Gorgoni..., ¡fíjese bien!..., y usted es el rey. No, demasiado alto... ¡Vaya a sentarse! Y usted, Scarnacca, venga aquí... Usted es el rey... No, el rey soy yo, y usted es el secretario político Gorgoni.

-¿Por qué tengo que ser Gorgoni? ¡Yo quiero ser yo mismo... ante el rey!

-Bueno, pues sea usted mismo. Usted tiene el brazo levantado, yo le tiendo la mano, así... ¡Y usted lo levanta más!

-Pero ¿y si el rey, Dios no lo quiera, cree que soy un orgulloso que no quiere darle la mano y se ofende?

-Su Majestad el Rey Emperador nunca pensará... Bueno, pero ¿qué tonterías son éstas? ¡Ni que pudieran ocurrir cosas así!... ¡A sentarse! ¡Vaya estupideces se os ocurren!» (N. del A.)

de tratar, Majorana es, por la profundidad de su ingenio, el que más me ha impresionado. Tan pronto desarrolla una hipótesis audaz como crítica con agudeza su propia obra y la ajena; es expertísimo en cálculo y un gran matemático, pero, sin dejarse ofuscar por cifras y algoritmos, nunca pierde de vista la esencia real del problema físico. Ettore Majorana reúne como muy pocos ese raro conjunto de cualidades que solemos encontrar en los grandes teóricos...». Para lo que querían conseguir, más acertado habría sido decir: «Sabe usted perfectamente quién es Ettore Majorana...», pues nadie en la Italia de 1938 podía creer que había algo que Mussolini no supiera.

Fácil es imaginar lo pronto que se ventilaría el asunto en alguno de los despachos diarios que tenían el jefe de la policía y el jefe del Gobierno. Mussolini preguntó sin duda por el caso Majorana, en qué punto estaba la investigación. Y Bocchini seguramente contestó que estaba en punto muerto, en el doble sentido de que la policía se había resignado ya a no resolver el caso, y de que él y la policía estaban convencidos de la muerte de Majorana. Debió de decir también que, además de la investigación de rigor abierta tras la denuncia, estaban siguiendo nuevas pistas,

más precisas, por recomendación de Giovanni Gentile y a cargo de la policía política, cuya sagacidad y celo el Duce conocía de sobra.

Que Mussolini, no conforme con eso, ordenara que siguieran buscando y escribiera: «Quiero que lo encuentren», es cosa que Bocchini debió de considerar un arrebato de locura, de esa locura de la que, con creciente inquietud, lo veía también cada vez más poseído.

«Nací en Catania el 5 de agosto de 1906. Estudié el bachillerato de letras y obtuve el título en 1923. Luego, en Roma, cursé la carrera de ingeniería hasta el penúltimo curso.

»En 1928 decidí dedicarme a las ciencias puras y solicité y obtuve permiso para pasar a la Facultad de Física; en 1929 me doctoré en física teórica bajo la dirección del excelentísimo señor Enrico Fermi, con la tesis: *La teoría cuántica de los núcleos radiactivos*, con la que obtuve sobresaliente *cum laude*.

»En los años siguientes asistí por libre al Instituto de Física de Roma, seguí de cerca la actualidad científica y me dediqué a investigaciones teóricas de diversa índole. En todo momento me ha sido de gran provecho la guía sabia y alentadora de su excelentísimo señor el profesor Enrico Fermi.»

Este «informe sobre la trayectoria académica» de Ettore Majorana lo escribió él mismo en mayo de 1932, sin duda con fines administrativos, concretamente para acompañar la solicitud al Consejo Nacional de Investigaciones de una subvención con la que realizar aquel viaje a Alemania y Dinamarca que Fermi le había animado a emprender. En él se advierte el desinterés, muy negativo a efectos burocráticos, con el que se refiere a sus investigaciones («de diversa índole», dice, cuando otros las habrían enumerado detalladamente), y como una contradicción entre ese estudiar «por libre» y la afirmación de haberle sido en todo momento de gran provecho «la guía sabia y alentadora» de Fermi. Tras lucen esas pocas líneas algo como forzado, como violento: la obligación de responder a la presión y al apremio de los amigos, de hacer lo que otros hacían o esperaban que él hiciese, la obligación, en fin, de adaptarse de un hombre inadaptado.

La verdad es que Majorana frecuentó por libre, en efecto, el Instituto de Física, y que Fermi no fue ninguna guía. «En otoño de 1927», cuenta Amaldi, «y a principios del invierno de 1927-1928, Emilio Segrè hablaba a menudo de las excepcionales dotes de Ettore Majorana en el nue-

vo círculo que se había formado en los últimos meses alrededor de Fermi, y a la vez intentaba convencer a Majorana de que hiciera lo que él, alegando que los estudios de física se avenían mejor con sus aspiraciones científicas y su capacidad especulativa que los estudios de ingeniería. Se pasó a física a principios de 1928, después de una entrevista con Fermi cuyos detalles pueden muy bien dar idea de cómo era Ettore Majorana. Un día fue al Instituto de Física, en Via Panisperna, y lo condujeron al despacho de Fermi, en el que estaba también Rasetti. Era la primera vez que yo lo veía. De lejos parecía muy delgado, de andares tímidos, casi inseguros; de cerca destacaba su pelo negrísimo, su tez oscura, sus mejillas algo chupadas, sus ojos vivísimos y brillantes; en conjunto, semejaba un árabe» (en las fotos se parecía un poco a Giuseppe Antonio Borgese, del que también se dijo que parecía árabe).⁴ «Por entonces Fermi trabajaba en el modelo estadístico que luego se llamó «modelo de Thomas-Fermi», y pronto empezó a hablar con Majorana de lo que investigaban en el Instituto; así, le expuso a grandes rasgos el mode-

4. Giuseppe Antonio Borgese (1882-1952), escritor y literato italiano; con la llegada del fascismo, en 1931 se exilió a Estados Unidos y adquirió la nacionalidad estadounidense. (N. del T.)

lo, y le mostró extractos de sus recientes trabajos sobre el tema, en particular la tabla de valores numéricos del llamado "potencial universal de Fermi". Majorana escuchó con interés, pidió algunas aclaraciones y se fue sin decir lo que pensaba. Al día siguiente, a media mañana, volvió al Instituto, fue directamente al despacho de Fermi y le pidió a éste, sin más preámbulos, que le enseñara de nuevo la tabla que el día anterior había visto un momento. Cuando la tuvo en la mano, se sacó del bolsillo un papel con una tabla parecida, que él había calculado en su casa en aquellas veinticuatro horas, transformando, según recuerda Segrè, la ecuación de segundo grado no lineal de Thomas-Fermi en una ecuación de Riccati, que luego había integrado numéricamente. Cotejó las dos tablas, y viendo que coincidían punto por punto, dijo que la de Fermi era correcta...» No fue, pues, a comprobar si la tabla que él había calculado en aquellas veinticuatro horas (parte de las cuales la pasaría durmiendo) estaba bien, sino si lo estaba la que Fermi había elaborado en quién sabe cuántos días. Y no sabemos si la idea de transformar la ecuación de Thomas-Fermi en una ecuación de Riccati se le ocurrió de pronto, sin pensarlo, o implicaba algún juicio. El caso es que Fermi su-

peró la prueba y Majorana empezó las clases en el Instituto de Via Panisperna, al que acudió de manera regular hasta que se graduó, luego mucho más esporádicamente. Pero los términos de su relación con Fermi debieron de establecerse ya en aquel primer encuentro: no sólo de igual a igual (decía Segrè que en Roma únicamente Majorana podía plantar cara a Fermi), sino también distantes, críticos, conflictivos. En Fermi y su grupo había algo que a Majorana le hacía sentirse extraño, cuando no le inspiraba un rechazo rayano en la rivalidad. Y Fermi, por su parte, tampoco debía de sentirse muy cómodo con Majorana. El que compitieran en complicadísimos cálculos —que Fermi hacía en la pizarra o en papel con la regla, y Majorana mentalmente y vuelto de espaldas; y cuando Fermi decía: «He terminado», Majorana daba el resultado—, este competir era un modo de dar rienda suelta a un latente, inconsciente antagonismo. Un modo casi infantil (pero no olvidemos que ambos eran muy jóvenes).

Como todos los «buenos» sicilianos, como todos los mejores sicilianos, no gustaba Majorana de grupitos ni de grandes camaraderías (los peores sicilianos son los que tienen espíritu de grupo, de «familia»). Y entre él y «los muchachos

de Via Panisperna» había además una gran diferencia: mientras que éstos y Fermi buscaban, él encontraba. Para los primeros, la ciencia era un acto de voluntad; para él, una condición natural. Aquéllos la amaban, querían alcanzarla y poseerla; Majorana, quizá sin amarla, «la llevaba dentro». Para Fermi y su grupo era un secreto que estaba fuera de ellos y debían abordar, penetrar, desvelar; para Majorana, en cambio, era un secreto interior, que ocupaba el centro de su ser; un secreto del que no podía escapar sin escapar a la vez de la vida, sin que la vida escapara. Para los genios precoces como Majorana,* la vida tiene un límite que no puede ser rebasado,

* Mucho se ha hablado estos últimos años, en periódicos y revistas, de la precocidad de Majorana. También Amaldi habla de ella en la *Nota biográfica* que venimos citando (publicada en Roma por la Accademia Nazionale dei Lincei en 1966, en el volumen *La vita e l'opera di Ettore Majorana*). Así como se pedía a otros niños que recitaran poesías ante parientes y amigos de visita —sobre todo *La vispa Teresa*, poema que luego Trilussa se divirtió en prolongar: «Si ésta es la historia / que saben de memoria / los niños de un año, / muy pocos saben / qué fue de ella / cuando cumplió veinte años...»—, así a Ettore le ponían pruebas de cálculo: multiplicar dos números de tres cifras, extraer raíces cuadradas y cúbicas. Y eso con tres o cuatro años, cuando aún no sabía leer los números. «Cuando alguien le pedía que calculara algo, el pequeño Ettore se metía debajo de la mesa, como si quisiera aislarse, y desde ahí daba el resultado a los pocos segundos.» Debajo de la mesa, para concentrarse y porque, como todos los niños obligados a exhibirse, le daba vergüenza; y quizás esa vergüenza que sentía de niño afloraba de adulto en su resistencia a comunicar los resultados de sus trabajos (N. del A.)

un límite de tiempo, de acción, como contado, como inaplazable. Una vez alcanzada la plenitud, la perfección de una obra; una vez desvelado plenamente un secreto; una vez que se ha dado forma, esto es, que se ha revelado un misterio, en el orden del conocimiento o, en general, de la belleza, tanto en ciencia como en literatura o arte, no queda sino morir. Esto lo sabe el hombre de talento precoz sin ser consciente, porque el genio y la naturaleza, la vida, son «una y la misma cosa». En su hacer está siempre latente esta premonición, este miedo. Juega con el tiempo, con su tiempo, con sus años, engañándose, retrasándose; trata de ensanchar la medida, de ampliar el límite; trata de hurtarse a la acción, a la obra que, acabada, acaba; que acaba con su vida.

Un ejemplo es Stendhal; un caso de precocidad retrasada al máximo, un caso incluso de doble precocidad, pues cuando se publicaron sus libros, también éstos fueron precoces, se adelantaron a su época. De esta segunda precocidad es consciente Stendhal. De la otra, que presiente y teme, trata de huir por todos los medios: pierde el tiempo, se inventa ambiciones arribistas y mundanas, se esconde, se enmascara, medra con plagios y seudónimos (todo lo cual no

es sino el reverso del mismo miedo), y hasta cierto punto el juego le sale bien. Digamos que le sale bien hasta *De l'amour*. Pues cuando escribe este libro sabe ya que no podrá prolongar el juego mucho más: aún resiste algunos años, pero en poco tiempo se ve obligado a escribirlo «todo». Ya no hay dilación posible, ya no puede seguir diciendo *yo no soy yo*. Y aunque como por inerxia aún lo diga, Henry Brulard tiene una función concreta: denunciar a Henri Beyle, entregarlo a la muerte, tal y como era entre la infancia y la juventud, entre los años de la Revolución francesa pasados en Grenoble y los de la campaña napoleónica estando en Milán, es decir, en el tiempo que le fue dado para escribir su obra y él aplazó, postergó, eludió cuanto pudo. De este desfase, de esta precocidad diferida hasta la madurez, de este núcleo de vida conservado intacto y puro como en una urna de cristal, de esta edad que urge e irrumpe en otra, procede el encanto de todas y cada una de sus páginas. Señal cierta, podemos añadir, de su precocidad, de su «reprimida» precocidad, es para nosotros la naturaleza de su talento (o, invirtiendo los términos, el talento de su naturaleza), idéntico al de otros genios precoces —Giorgione, Pascal, Mozart, por mencionar a los más conocidos—: un talento ma-

temático, un talento musical; un talento «calculador».*

Opuesto al de Stendhal, pero demostrativo de la misma verdad, es el caso de Evariste Galois. Así como el primero se esforzó todo lo posible por diferir su obra, Galois se anticipó a ella, y la noche que precedió al duelo en el que «sabía» que moriría —tenía veinte años— se la pasó escribiendo febrilmente una carta a su amigo Chevallier en la que condensó esa obra que le estaba asignada y no podía dejar de ser su vida misma: la teoría de grupos de sustituciones.

* Muchas otras señales pueden encontrarse en la biografía y la obra de Stendhal; mencionaremos al azar unas cuantas.

Desde muy joven sabe que es el escritor que será; su conducta sería verdaderamente megalómana, maniaca, incluso un tanto delirante, si no se fundara en las obras que escribirá «algún día». Sabe perfectamente que tiene mucho que decir; quiere perder el tiempo y sabe que lo pierde, aunque no sabe a punto fijo por qué, aunque lo crea justificado por tener mucho que decir (1804, *Journal*: «*J'ai trop à écrire, c'est pourquoi je n'écris rien*»). Su grafomanía, por otra parte, es como un medio de prolongar en el espacio una vida que siente amenazada por la brevedad temporal: un dejar «huellas de vida» por todas partes (es conmovedor ver, entre los objetos del «Fondo Bucci» actualmente conservados en la biblioteca Sormani de Milán, una caja de polvos —o de tabaco— completamente escrita por dentro). Y su criptografía no es sino un modo de hacer evidentes esas huellas por su mismo ocultamiento, de hacerlas interesantes por su carácter secreto, problemático. Grafomanía y criptografía corresponden, respectivamente, a la infancia y a la adolescencia, al descubrimiento de la literatura y a la interiorización y la reinención de ésta: el niño escribe donde sea, el adolescente se inventa una escritura «secreta».

(N. del A.)

Sin saberlo, sin darse cuenta, como Stendhal, Majorana procura no hacer lo que debe hacer, lo que no puede dejar de hacer. Son Fermi y los «muchachos de Via Panisperna» quienes, directa e indirectamente, con sus exhortaciones y ejemplo, lo obligan a hacer algo. Pero él cede como en broma, como si fuera una apuesta, sin seriedad, con buen humor, como quien se pone a hacer juegos malabares en una reunión de amigos y, cuando empiezan los aplausos, se encoge, se disculpa, dice que es muy fácil y que cualquiera puede hacerlo. En cada cosa que descubre, en cada cosa que revela, siente Ettore oscuramente que se aproxima a la muerte, y que *el* hallazgo, la revelación completa de alguno de los misterios que la naturaleza le reserva, será la muerte. La naturaleza y su ser son «una y la misma cosa», como una planta o una abeja, aunque con una diferencia: él tiene cierto margen de maniobra y puede tratar de esquivarla, de evadirse; puede buscar, aunque sea en vano, una salida, una escapatoria.

Todos, absolutamente todos los que lo conocieron y trataron, y luego escribieron o habla-

ron de él, lo recuerdan como un «tipo raro». Lo era, en efecto: muy raro, como de otro mundo. Sobre todo si se lo compara con los compañeros de Via Panisperna. Dice Laura Fermi: «Majorana tenía un carácter extraño: era sumamente tímido e introvertido. Por las mañanas, en el trayecto en tranvía al Instituto, se ponía a pensar con la frente fruncida. De pronto se le ocurría una idea, o la solución de un problema difícil, o la explicación de ciertos resultados experimentales que parecían incomprensibles; se llevaba la mano al bolsillo, sacaba un lápiz y un paquete de cigarrillos y sobre éste garabateaba complicadas fórmulas. Luego, al apearse del tranvía, echaba a caminar absorto, con la cabeza gacha y un gran mechón de pelo negro y revuelto cayéndole por la frente. Al llegar al Instituto buscaba a Fermi o a Rasetti y, cajetilla en mano, les explicaba su idea». Sin embargo, cuando los demás lo felicitaban y, entusiasmados, lo animaban a publicar, Majorana se cerraba en banda, murmuraba que aquello era una verdad de Perogrullo y no merecía la pena hablar más; y cuando se fumaba el último cigarrillo (era un fumador empedernido y no tardaba en dar cuenta de los diez Macedonias del paquete), tiraba la cajetilla a la papelera, con cálculos, teorías y

todo. De este modo concibió y formuló, antes de que Heisenberg la publicara, la teoría que tomó el nombre de éste, según la cual el núcleo atómico se compone de protones y neutrones.

Tampoco puede descartarse (más bien lo confirmaría un atento examen de sus cuadernos) que tuviera cierto gusto teatral y mistificador, por lo que suponemos que las teorías no le vendrían por ciencia infusa ni esos cálculos que asombraban a los colegas los haría sólo en el tranvía, y también porque probablemente lo divertía desperdiciar el agua de la ciencia ante aquellos que estaban sedientos de ella. Pero es el modo como efectivamente la desperdiciaba, tirando a la papelera teorías mercedoras de un Premio Nobel, cuya novedad y alcance sin duda conocía, lo que puede hacernos sospechar esa teatralidad, esa mistificación, no las razones por las que lo hacía. Éstas eran profundas, oscuras, «vitales»; obedecían al instinto de conservación, hoy podemos decir que en un doble sentido: conservación de sí mismo, conservación de la especie humana.

El hecho de que Majorana concibiera antes que Heisenberg la teoría de que el núcleo está compuesto de protones y neutrones y no sólo se negara a publicarla sino que prohibiese a Fer-

mi hablar de ella en un congreso de física que iba a celebrarse en París (salvo que -absurda condición- se prestara a gastar la broma de atribuir a cierto profesor de electrónica, italiano y quizá de la Universidad de Roma, al que Majorana tenía en muy poca estima y que estaría presente en el congreso), este hecho, decimos, ha de verse a la luz de una *superstitio* profunda, de naturaleza neurótica, cuyo reverso, como en toda neurosis, es precisamente la mistificación, la teatralidad, la broma. Cuando la teoría de Heisenberg fue reconocida y aplaudida, Majorana no solamente no lamentó, como hicieron los demás físicos del Instituto romano, no haberla publicado él en su momento, sino que colaboró por el físico alemán una gran admiración (lo que demuestra que conocía su propia valía) y una gran gratitud (lo que demuestra que tenía miedo). Heisenberg pasó a ser para él como un amigo desconocido que, sin saberlo, sin conocerlo, lo hubiera salvado de un peligro, le hubiera evitado un sacrificio.

Quizá por eso cedió tan fácilmente a las instancias de Fermi y viajó a Alemania, a Leipzig: porque quería conocer a Heisenberg.

Unos meses antes de que Ettore partiera para Alemania, se cerró por fin para los Majorana el monstruoso caso que ha quedado ligado a ese apellido en los anales de la justicia italiana: el caso Majorana, el proceso Majorana. Y decimos monstruoso porque, leídos los documentos y conocidos los alegatos de acusación y defensa, así nos lo parece, más que el crimen en sí, el contexto social y judicial en el que, durante ocho años, personas a todas luces inocentes se vieron como atrapadas hasta la aniquilación, hasta la locura.

En el verano de 1924, en casa de Antonino Amato, catanés de buena posición, un niño, su único hijo, muere quemado en la cuna al arder el colchón y la mosquitera. No se piensa en un asesinato hasta que de los restos de la combustión nace la sospecha, luego confirmada, de que alguien vertió líquido inflamable. ¿Quién? Pron-

to se averigua: una criada de dieciséis años, Carmela Gagliardi. ¿Y por qué tan horrendo crimen? Porque mi madre, explica la muchacha, me obligaba a servir en casa de Amato y yo quería volver con los Platania, a los que tomé cariño y que me apreciaban. La explicación, por lo mismo que es convincente, no convence. La enorme desproporción entre el móvil y el acto, aun que típica de los «crímenes de la servidumbre», como los denominó y estudió un criminólogo francés, suscitó incredulidad primero en la policía y luego en Amato. Y resulta que éste, por cuestiones de herencia paterna, había tenido ciertas diferencias con sus hermanas y sus cuñados, que eran los hermanos Giuseppe y Dante Majorana, juristas de gran autoridad y prestigio dentro y fuera de la ciudad, que lo obligaron, con la ley en la mano, a desembolsar esa parte de la herencia de la que ni aun por voluntad del que la lega pueden ser privados los hijos, y que se denomina, con adjetivo sustantivado, «la legítima». Así ocurrió la cosa: como arreglo amistoso, las hermanas y cuñados pidieron, digamos, cinco; el hermano ofreció uno; hubo que recurrir a la ley, y los primeros obtuvieron siete, que el segundo hubo de pagar, con lo que hermanas y cuñados tuvieron la satisfacción de con-

seguir más de lo que reclamaban. Era Amato, pues, que había tenido que pagar, quien podía sentir rabia, rencor. Y de hecho así era, porque, aun sin justificación racional, y en medio del dolor por la atroz muerte de su hijo, descargó ese sentimiento, ese resentimiento, en sus hermanas y cuñados, haciendo sospechar a quienes investigaban que la muchacha había actuado por instigación.

No costó mucho lograr que así lo declarara una joven de dieciséis años a quien su familia no quería, y que más bien era víctima de ella, sola, perdida, y menos arrepentida que avergonzada de lo que había hecho. La idea de que la existencia de un instigador atenuaría y aun borraría su culpa, tal y como le insinuaron en los interrogatorios, unida al afán de venganza desatado contra su familia (contra la madre, que la obligaba a servir en casa de los Amato y le pegaba cuando se quejaba; contra el hermano, que intentó violarla; contra la hermana, que se pasaba los días en casa sin hacer nada y era novia de un joven del que ella misma se había prendado y que le dispensaba ciertas atenciones), todo esto, en fin, la llevó a acusar a diestro y siniestro. Al primero al que acusó fue Rosario Sciotti, el novio de su hermana: que también a

él lo metieran en la cárcel, que no se lo llevara la otra. Él fue, dijo, quien le dio la botella del líquido inflamable con el que debía rociar la cuna, y su hermano y su madre la obligaron a obedecer.

Pero para la policía esto no bastaba. Sí, puede que Sciotti le hubiera ordenado que provocara el incendio, puede que le hubiera dado la botella (blanca, de vidrio, de un cuarto de litro, llena de lo que por el olor parecía petróleo, según ella); pero ¿quién se lo había ordenado a él, que personalmente no tenía motivos para desear la muerte del niño?

Un nombre estaba en boca de todos, y a él se aferró la muchacha: Majorana. Pero ¿Giuseppe o Dante? ¿Cuál de los dos cuñados de Amato? Transcurren días, incluso meses, creemos, de indecisión. Al final se decantan por Dante.

Son arrestados Sciotti, Giovanni Gagliardi —el hermano de Carmela— y Maria Pellegrino, la madre. Ellos niegan los cargos, una y otra vez. Y mientras los nieguen, es imposible arrestar a Majorana.

Pasan meses, años. En presidio, los tres detenidos traban relaciones, encuentran consejeros. Consejeros, al parecer, no desinteresados, visto que la defensa de Majorana acusó explí-

citamente a Amato de haber sobornado a los encarcelados por medio de ciertos maleantes cataneses; Sciotti, Gagliardi y Pellegrino son condenados para que reconozcan las acusaciones de la muchacha. Y en vísperas del juicio en el que seguramente iban a ser condenados a cadena perpetua se descuelgan declarándose culpables y empiezan a soltar nombres de cómplices e instigadores, larga cadena cuyo primer eslabón son Dante y Sara Majorana; fueron ellos, dice Sciotti, los que no sólo lo enviaron a cometer el crimen, sino que le dieron la botella del líquido inflamable, una verduca y con gasolina. Cómo es que luego, en manos de Carmela, la botella resultó ser blanca y su olor más de petróleo que de gasolina, y cómo es que, desmintiendo a ambos, y por el análisis de los restos de la quema, los peritos demostraron que lo que se usó fue alcohol desnaturalizado, son cuestiones que ni la policía ni los jueces instructores se preocuparon en ningún momento de explicar.

Y debemos reconocer, por cierto, que, aunque no desinteresados, los que en presidio se metieron a abogados y convencieron a Sciotti, a Gagliardi y a Pellegrino de declararse culpables y acusar a otros, hicieron —técnicamente

hablando y dejando aparte toda consideración moral— lo único que podía sacarlos de la desesperada situación en que se hallaban. Acusados por la muchacha (cuyas declaraciones se consideraban verdaderas en virtud de dos creencias podríamos decir corrientes en la administración de justicia: la de que los menores de edad, sobre todo si son niños, siempre dicen la verdad, y la de que es más fácil que un acusado o testigo mienta en la primera que en la segunda declaración), no tenían otra opción que acusar y tratar de implicar a todos los que pudieran, cosa que hicieron hasta la exageración, hasta el absurdo. Y solamente tras llegar al absurdo podía el proceso, cual enorme globo, bajar al terreno del sentido común y la verdad.

Así fue. Del 4 de abril al 13 de junio de 1932 —cuando Dante y Sara Majorana llevaban tres años en la cárcel, los otros, ocho años, y Giovanni Gagliardi había enloquecido—, el tribunal de Florencia volvió por los fueros de aquella infima (y lamentable) verdad: la de que fue un crimen «de la servidumbre». Ocho años después, ya adulta, llorando con desesperación, Carmela Gagliardi reconocía: «Soy la única culpable». Y sólo su llanto, su arrepentimiento, recordó que en el centro de aquel laberinto de odio, de men-

tiras, de desesperación, estaba el pequeño Ciciuzzu Amato, el niño quemado en la cuna.

Dice Laura Fermi: «Majorana siguió yendo al Instituto de Roma, y a veces trabajando en él, a su modo, hasta 1933, año en que marchó por unos meses a Alemania. Cuando regresó, no se reincorporó al Instituto y ni siquiera vio a los colegas. A aquel cambio debió de contribuir seguramente un trágico suceso que golpeó a la familia Majorana: un niño pequeño, primo de Ettore, murió en la cuna al incendiarse ésta no se sabe cómo. Se habló de asesinato y acusaron a un tío del pequeño y de Ettore. Éste se propuso demostrar la inocencia de su pariente y con gran empeño se ocupó personalmente del caso, trató con abogados, hizo de todo. El tío fue absuelto; pero seguro que el esfuerzo, la preocupación constante y las emociones del juicio hicieron profunda mella en él, sensible como era».

Estos recuerdos son inexactos. Entre Ettore Majorana y el pequeño no había parentesco alguno. La cuna no se incendió no se sabe cómo. Ettore, que entonces era muy joven —y por eso mismo, y teniendo en cuenta la estructura de

una familia siciliana, no podía hacerlo-, ni investigar, ni organizó, ni dirigió a los defensores. Claro está que sobre el caso «reflexionaría» (como muy a menudo en sus cartas dice que hace para superar las dificultades), pero por eso mismo, por plantearse como un problema, suponemos que lo vivió con mayor distanciamiento y menos ansiedad que los demás miembros de la familia. Que de lo que él dedujera, de su solución al caso, llegaran a valerse los abogados es cosa completamente improbable. Casi todos eran juristas -menos Roberto Farinacci, que, aunque era una nulidad en la profesión, como adversario político resultaba temible-, y ya podemos figurarnos con qué frialdad y hasta desdén acogerían casi todos las sugerencias de un «lego» en la materia.

Los recuerdos de Laura Fermi delatan también cierta vacilación a la hora de datar los sucesos, y no se sabe si los coloca antes o después del viaje de Ettore a Alemania. Pero la verdad es que todo acabó antes, y por eso, según las cartas que envió desde Alemania y el testimonio de los familiares, podemos decir que, aunque toda la familia vivió aquellas circunstancias con dolor y ansiedad, en el ánimo de Ettore Majorana -al contrario de lo que parecen pensar, con Lau-

28

ra Fermi, los compañeros del Instituto-, no dejó secuela alguna de trastorno o desequilibrio. «Algunos amigos», dice Edoardo Amaldi, «piensan que aquello influyó de manera decisiva en el cambio de actitud de Ettore; pero sus hermanos, que lo recuerdan claramente, lo niegan de plano»; en otras palabras, que, sólo por lo que recordaba, ni siquiera él, Amaldi, con ser una de las pocas personas que siguieron tratándolo a su regreso de Leipzig, sabría decir si el suceso influyó o no en la más acentuada hosquedad y misantropía del amigo.

La tentación de pensar que estas imprecisiones, estas dudas, obedecen a un motivo profundo, es muy fuerte: el motivo de que, aunque quienes lo trataron y lo «recuerdan» se niegan a creer que Ettore Majorana hubiera visto (entre visto, previsto) algo terrible, atroz, una imagen de fuego y muerte, en la ciencia que dominaba y calculaba, en la ciencia que «llevaba dentro», vemos cómo esto mismo, que en lo que respecta a la conciencia y en cuanto especialistas rechazan de plano, asoma en un lapsus de memoria, en una confusión, en un tomar lo uno por lo otro, con lo que nos dan una imagen de Ettore Majorana que sugiere «otra», que emblemática, simbólicamente encierra «esa otra».

La del niño quemado en la cuna. Esta imagen tiene, por decirlo en palabras propias de la física nuclear y de la labor de Majorana, una «fuerza de intercambio» extraordinaria, como saben quienes vivieron la historia de la investigación atómica y quedaron marcados por ella, y han de saber los que se interesen por la vida de Ettore Majorana y por el misterio de su desaparición.

Conocer a Heisenberg fue quizá lo más significativo, lo más importante que le ocurrió a Majorana en su vida, y menos en el plano científico que en el humano. Así fue sin duda según lo que sabemos por los documentos; por que, por lo que no sabemos, creemos que hubo otro encuentro aún más importante.

A Leipzig llega el 20 de enero de 1933. La ciudad le parece fea, pero en cuanto conoce el Instituto de Física ya se le antoja más simpática. El 22 escribe a su madre: «En el Instituto de Física me han recibido con gran amabilidad. He hablado mucho rato con Heisenberg, que es la mar de cortés y simpático». (En la misma carta habla de la «halagüeña ubicación» del Instituto: «entre un cementerio y un manicomio».) El 14 de febrero escribe de nuevo a su madre: «Estoy en excelentes relaciones con Heisenberg», y el 18 del mismo mes, a su padre: «He escrito un artículo

sobre la estructura del núcleo que ha gustado mucho a Heisenberg, y eso que corregía varias cosas de una teoría suya». Cuatro días después, a su madre: «En el último "coloquio", una asamblea semanal que reúne a unas cien personas, entre físicos, matemáticos, químicos, etcétera, Heisenberg habló de la teoría de los núcleos y elogió mucho cierto trabajo mío hecho aquí. Nos hemos vuelto muy amigos, y hablamos largamente de ciencia y a veces jugamos al ajedrez. Ocasión para esto la hay todos los martes por la tarde, cuando recibe a profesores y estudiantes del Instituto de Física Teórica». El físico norteamericano Feenberg, por entonces también invitado del Instituto de Leipzig, hablando con Amaldi, recuerda que hubo un seminario sobre energía nuclear en el que Heisenberg habló de la aportación de Majorana; que estaba presente, y lo invitó a intervenir. Majorana, naturalmente, rehusó: pase que hablara a solas con Heisenberg, pero ante cien personas... Quizá se trate del «coloquio» que menciona en la carta a su padre, y si así fue, no dice que rehusara tomar la palabra, algo que habría disgustado al padre. En cuanto a lo del ajedrez, Majorana era desde niño un gran jugador, y a los siete años ya figura como ajedrecista en un periódico catanés.

De Heisenberg habla en casi todas las cartas. El 28 de febrero escribe a su padre que, antes de salir hacia Copenhague, quiere quedarse en Leipzig unos días o tres días más porque tiene que «charlar» (*chiacchiere*) con Heisenberg: «Su compañía me es insustituible y deseo aprovecharla mientras él esté aquí». Esa misma palabra, «charlar», reaparece en una carta tres meses después: a Heisenberg, dice, «le gusta charlar conmigo y me enseña alemán pacientemente». El uso de esta palabra creemos que tiene dos funciones, una real, quitar importancia a aquello sobre lo que conversaba con Heisenberg (es la misma actitud que adopta ante la ciencia, y que en realidad demuestra lo contrario), y otra probable, dar a entender a su familia que desde que está en Leipzig ha logrado cambiar su carácter, su conducta. En Leipzig, la persona taciturna y hosca que era «charla» con Heisenberg amistosamente. Aunque debió de hacerlo sólo con Heisenberg, porque el físico danés Rosenfeld, que aquellos meses se hallaba también en Leipzig, decía no recordar haber oído a Majorana más que una sola vez, y fue para decir una frase brevísima.

Si hubiera hablado con Heisenberg de literatura o de economía, de batallas navales o de

ajedrez, temas todos que lo apasionaban y sobre los que solía reflexionar teóricamente, no habría dicho «charlar». De lo que hablaba con Heisenberg era de física nuclear. Pero es verdad que lo hacía de manera distinta, con otras implicaciones, a como lo habría hecho (y evidentemente no quería hacer) con Fermi o con Bohr, con cualquiera de los físicos del Instituto de Leipzig o del de Roma; con el resto de los colegas, la comunicación ideal para él era la que tenía con el norteamericano Feenberg, al que conoció en el Instituto de Roma y siguió tratando en Leipzig: Majorana no hablaba inglés ni Feenberg italiano, pero siempre estaban juntos, estudiaban sentados a la misma mesa y se hablaban, «para enseñarse el uno al otro alguna fórmula escrita en un papel, sólo muy de vez en cuando» (Amaldi). Con Heisenberg, decimos, su relación era muy distinta. Y ahora, volviendo la vista atrás, creemos que es porque Heisenberg vivía el problema de la física, su papel como físico, dentro de un vasto y dramático contexto de pensamiento. Era, para que nos entendamos, un filósofo.]

31) [Quien conozca, aunque sea superficialmente (como nosotros, digámoslo también), la historia de la investigación atómica, de la bomba atómica, podrá hacer esta sencilla y triste constatación: que se comportaron libremente, esto es, como hombres libres, científicos que por condiciones objetivas no lo eran; y que se comportaron como esclavos, y lo fueron, otros que gozaban de una objetiva libertad. Hombres libres fueron quienes no la hicieron, y esclavos quienes la hicieron. Y no porque la hicieran éstos o aquéllos —lo que reduciría la cuestión al hecho de tener unos y no tener otros los medios prácticos para ello—, sino sobre todo porque el hacerla preocupó, asustó, angustió a los que vivían como esclavos, mientras que los supuestamente libres, algunos de muy buen grado, se apresuraron a proponerla, trabajaron en ella y la hicieron posible y, sin poner condiciones ni exigir cuentas (cuyo más que probable cumplimiento por parte de los otros habría sido al menos un atenuante), la entregaron a políticos y militares. Decir que los esclavos la habrían entregado a Hitler, a un dictador demente, frío y atroz, mientras que los libres la entregaron a Truman, hombre con «sentido común» que representaba el «sentido común» de la democra-

32

cia estadounidense, no cambia las cosas, por-
que Hitler habría decidido hacer exactamente
lo mismo que hizo Truman: lanzar las bombas
que fabricaran contra ciudades enemigas cuida-
dosa, «científicamente» seleccionadas, que es-
tuvieran al alcance, y cuya total destrucción se
conocía de antemano (éstas eran algunas de las
«instrucciones» de los científicos: la zona del
objetivo debía ser de un radio de no menos de
kilómetro y medio; estar densamente edificada,
en un alto porcentaje con madera; no haber sido
bombardeada antes, con lo que podrían obser-
var mejor los efectos del único y definitivo bom-
bardeo...)*.

* Cuando pensamos en cómo estaba organizado el Proyecto
Manhattan y dónde se desarrolló, nos vienen imágenes de segrega-
ción y esclavitud que recuerdan los campos de exterminio nazis.
Quien maneja la muerte, por más que sea la de otros —como se ma-
nejaba en Los Alamos—, obra por la muerte y en la muerte. En Los
Alamos se recreó precisamente aquello que se aspiraba a combatir.
La relación entre el general Groves, jefe plenipotenciario del Pro-
yecto Manhattan, y el físico Oppenheimer, director científico, fue
en verdad la misma que en los campos nazis se establecía con fre-
cuencia entre ciertos prisioneros y los jefes. El «colaboracionismo»
era para estos prisioneros otra forma de ser víctimas; para los ver-
dugos, otra forma de ser verdugos. Y destrozado como un prisione-
ro «colaboracionista» de los campos de concentración nazis salió
Oppenheimer de Los Alamos; su drama —que no nos conmueve, y
que sólo mencionamos por su valor de parábola, de lección, de aviso
para la comunidad científica— es ni más ni menos que el efecto indivi-
dual, subjetivo, de un nefasto «colaboracionismo» que muchos miles
de personas vivieron objetivamente (en el sentido de que murieron

Entre los físicos que habrían podido desarro-
llar la bomba atómica para Hitler, el más im-
portante era sin duda Werner Heisenberg. Los
colegas que trabajaban en ello en Estados Uni-
dos estaban convencidos casi obsesivamente de
que también él la estaba desarrollando (uno de
ellos acompañó luego a la vanguardia nortea-
mericana con la misión de dar caza a los fisi-
cos alemanes, y, seguro de que donde encontra-
ra a Heisenberg encontraría el laboratorio, lo
buscó frenéticamente por las zonas de Alema-
nia que los Aliados iban ocupando). Sin em-
bargo, Heisenberg no sólo no desarrolló el pro-
yecto de la bomba atómica (prescindamos de si
podía o no fabricarla: proyectarla seguramente
sí), sino que se pasó toda la guerra con el do-
loroso temor de que los otros, los del otro lado,
estuvieran haciéndolo; temor no infundado, por
desgracia. Y trató, aunque torpemente, de comu-
nicarles que ni él ni los físicos que quedaban
en Alemania tenían intención de fabricarla ni
medios para ello. Y decimos torpemente por-
que eligió mal al intermediario, el físico danés
Bohr, que fue su maestro. En 1933, Bohr tenía

por su culpa). Esperemos que no vengan nuevas y más grandes mor-
tandades de este aún no interrumpido «colaboracionismo». (N. del A.)

fama de chochar, como dice Ettore Majorana a su padre y a su madre primero desde Leipzig, cuando aún no lo conocía -y en tal caso lo sabía por Heisenberg o alguno de su entorno- y después desde Copenhague, cuando ya lo conocía: «El 1 de marzo salgo para Copenhague a visitar a Bohr, que es el primer pionero de la física moderna, aunque ahora está algo viejo y chochea bastante (...) Bohr ha salido para unos diez días y ahora reposa en las montañas con Heisenberg; lleva dos años reflexionando sin parar y últimamente se le nota el cansancio». Si entonces estaba así, cómo estaría siete años después, en 1940. Entendió exactamente lo contrario de lo que Heisenberg, con precaución, quería hacerles saber a los colegas norteamericanos.*

En un mundo más humano, más cuidadoso y justo a la hora de elegir sus valores, sus mitos, la figura de Heisenberg debería ser más

* Majorana da más detalles sobre la decadencia de Bohr, pero el hecho de que durante la guerra los Aliados hicieran todo lo posible por sacarlo de la Dinamarca ocupada demuestra que no sería para tanto. Quizá parecía que chocheara porque continuamente cometía distracciones garrafales. Pero chocheara o se distrajera, lo que parece cierto es que entendió las palabras de Heisenberg más como una amenaza que como un mensaje preocupado y tranquilizador. (N. del A.)

significativa y parecer más digna que la de otros físicos que por las mismas fechas trabajaron en la energía atómica: más digna que la de quienes desarrollaron la bomba, la entregaron y celebraron sus resultados, y sólo más tarde (y no todos) se sintieron desolados y se arrepintieron.

En Alemania publica, en la revista *Zeitschrift für Physik*, a instancias de Heisenberg, el artículo sobre la teoría del núcleo del que habla en una de sus cartas. No hizo nada más. Lo único que le quedaba por aprender era alemán.

De lo que acontece esos meses en Alemania —el ascenso al poder de Hitler, la promulgación de leyes raciales y antisemitas, la desastrosa situación económica, la pasividad de la gente, que coadyuvó al nazismo—, él parece un observador impasible. Lo poco que opina es para admirar a Alemania en general, su eficiencia. Si tenemos en cuenta que tenía veintisiete años y se crió en la sociedad y los ideales fascistas, está claro que algo influiría en él lo que Hitler y la prensa alemana decían de Italia, admirando el fascismo, a Mussolini y los progresos del país. Pero de eso a decir, como se ha dicho, que fue un entusiasta del nazismo, hay una gran dife-

33

rencia. Estamos en 1933. En Italia los únicos que se oponen al fascismo están en la cárcel; cuatro años antes se produjo la *conciliazione* entre el Estado y la Iglesia: los católicos se rindieron al régimen y los obispos pasaron a bendecir las banderas fascistas y a proclamar a Mussolini «enviado de la Providencia»; el año anterior incluso Pirandello participó en la exposición conmemorativa del primer decenio de la «revolución fascista»; Marconi presidía la Real Academia de Italia, fundada por Mussolini; Fermi era académico y se le trataba de «Su Excelencia»; D'Annunzio (el único que entre tanta tristeza se movía ambigualmente contento, el único que se permitía cierto ambiguo desdén) seguía enviando a Mussolini fraternales saludos; escritores cuya oposición al fascismo nadie se atrevió luego a poner en duda —terminada la guerra y caído el fascismo— entonaban cantos al régimen y al Duce (uno de ellos, durante la guerra civil española, llegó a escribir que los fusilamientos de milicianos por parte de soldados franquistas eran un reconfortante espectáculo); el poeta más querido de la generación joven dedicaba uno de sus libros, reeditado varias veces, a Benito Mussolini: el hombre que en 1919 «se había asociado a su corazón»; de la superioridad de Ita-

Como ven la figura de Mussolini en un momento de la época,

lia en materia de armamento, fútbol y física nadie dudaba, y a todo el mundo entusiasmaron los logros de la aviación italiana; académicos y críticos militantes encomiaban la prosa de Mussolini; los discursos de éste en Piazza Venezia eran acogidos con atronadoras aclamaciones y tenían repercusión tanto en palacios como en casas modestas; la Unión Soviética participaba en el Festival de Cine de Venecia... Y a Etторе Majorana, que en la medida de lo entonces posible no se metía en política, persona asocial, siempre abstraído en sus pensamientos, éramos a exigirle que condenara el incipiente nazismo?

Por que lo hacéis vosotros de L.H.

Además, téngase en cuenta que las cartas provenientes del extranjero eran abiertas y leídas, no todas, pero sí bastantes, y si en alguna de ellas había algo contra el fascismo, o así se entendía, eran retenidas o copiadas, y aunque no tuvieran consecuencias inmediatas, pasaban a los archivos de la policía política, que las guardaba para mejor ocasión, vale decir, para cuando la trampa estuviera bien preparada. En Italia nadie con un mínimo de vista y discernimiento lo ignoraba, y todos obraban en consecuencia, la mayoría sin indignarse, como si fuera una norma que no por ilegítima dejaba de tener sus com-

26

pensaciones: la seguridad nacional, la paz social, etcétera. Pero es que además los Majorana, por el drama que acababan de vivir (y al que sin duda contribuyeron las circunstancias políticas, como lo prueba el hecho de que policía y magistratura, al desencadenar aquella locura de investigación, tuvieron como mínimo la certeza de no estar haciendo nada que incomodara al régimen, y de ahí el antídoto, la precaución de incluir a Farinacci en la defensa), debían de estar muy alerta, mostrarse muy cautos, y sentirse vigilados, espiados. En definitiva: tuviera o no Ettore aversión al fascismo, sintiera o no rechazo por el nazismo, en las cartas lo más prudente era limitarse a contar hechos. Así le habla a su madre de la «revolución» nazi, por ejemplo: «La población de Leipzig, que era mayoritariamente socialdemócrata, ha aceptado la revolución sin problemas. Manifestantes nacionalistas recorren a menudo las calles del centro de la ciudad y de las afueras, en silencio, pero no por eso con aire menos marcial. Se ven pocos uniformes pardos, pero la cruz gamada está en todas partes. La mayoría aria se felicita de la persecución de los judíos. El número de personas que encontrarán empleo en la administración pública y en numerosas empresas privadas tras la ex-

pulsión de los judíos no es nada desdeñable, de ahí la gran popularidad de la lucha antisemita. En Berlín, más del cincuenta por ciento de los magistrados eran judíos. Una tercera parte de ellos ya han sido eliminados, y los otros siguen en el cargo porque ya lo ocupaban en 1914 y combatieron en la guerra. En la universidad todos habrán sido despedidos de aquí a octubre. El nacionalismo alemán se basa en gran parte en el orgullo racial. A los enseñantes y profesores se les invita a exaltar el papel desempeñado por la raza nórdica en la civilización, y también el conflicto judío es justificado más por la diferencia racial que por la necesidad de reprimir una mentalidad socialmente peligrosa. Pero en realidad no son sólo los judíos los eliminados en masa de la vida social, lo son también los comunistas y en general quienes se oponen al régimen. Con todo eso creo que el Gobierno no hace sino responder a una necesidad histórica: hacer hueco a una nueva generación que de otro modo se asfixiaría en el actual marasmo económico».*

* En una carta anterior dice claramente: «La situación política del país es tremenda, pero aquí no parece importar a nadie». Y cuenta con jocosidad de un oficial del ejército que no hace nada «sin dar un fuerte taconazo» y siempre se adelanta a darle fuego, y es

No nos parece que el cuadro vibre precisamente de entusiasmo. Al contrario, esa falta de emociones, que creemos deliberada, confiere al testimonio un aire siniestro que no encontramos en el de otros contemporáneos (a excepción, claro está, de los abiertamente contrarios al nazismo). Y en cuanto a lo que dice de que el nazismo respondía a una necesidad histórica, podía decirlo por convicción o por precaución. No obstante, si lo hizo por convicción no habría de qué escandalizarse: en primer lugar no es un juicio moral, y en segundo lugar refleja esa especie de creencia historicista, común hoy como ayer, de que la aprobación de las masas justifica una política. Las masas no se dejan manipular, dicen los jóvenes revolucionarios de hoy, y sorprende que lo crean precisamente ellos, para quienes el nazismo y el fascismo son ya cosa del pasado, historia vieja y juzgada; pero no debe sorprender que lo pensase en 1933 un joven de veintiséis años.

Sin embargo, sobre este detalle —lo que pensara Majorana del nazismo— nos hemos alargado un poco gratuitamente. Para el modo de ser

tan maquinalmente cortés que, en todo un viaje que hacen juntos, Majorana sólo se atreve a decirle hola y adiós. (N. del A.)

de Majorana, poco importa saber si se dejó o no engañar por la propaganda nazi. Siempre se habría tratado de un engaño. Pero no se dejó engañar, o al menos no tanto como otros, que eran más conscientes y maduros que él (y creían hacer el bien).

Deja Alemania y vuelve a Roma a principios de agosto.

En los días anteriores a su salida de Leipzig, se escribe con su madre sobre el hecho de que estará solo en casa, pues toda la familia piensa partir para Abbazia. La madre, inquieta, se ofrece a volver a Roma: es un pequeño chantaje para obligarlo a reunirse con ellos en Abbazia. Pero Majorana no cede: «Me darías un disgusto si decidieras emprender un viaje tan largo y fatigoso, que no tiene sentido ni justificación, pero tampoco estoy dispuesto a alterar mis planes por miedo a que cumplas tan absurda amenaza». Es evidente que no está «pegado a las faldas de su madre» (esto debería tenerlo en cuenta quien quisiera psicoanalizarlo con el psicoanálisis al uso). Es atento y afectuoso y deferente con todos los miembros de su familia, especialmente con la madre, pero en sus deci-

siones, sea cual sea su importancia, es inamovible.

Vuelve, pues, de Leipzig quizá con planes de trabajo, pero desde luego deseando estar solo. Y una vez en Roma, y en ese agosto romano en el que se quedará solo en casa, y casi solo en la ciudad, se dedica enteramente a vivir, al igual que el personaje de Pirandello, como un «hombré solo».

En los cuatro años siguientes —desde el verano de 1933 hasta el de 1937— pasa casi todo el tiempo en casa, sale pocas veces, menos aún visita el Instituto de Física, al que incluso en cierto momento deja de ir. Sólo Amaldi, Segre y Gentile (Giovanni, el hijo del filósofo) van a veces de vez en cuando, «para intentar convencerlo de hacer vida normal», como dice Amaldi. El hecho de que no fuera también Fermi demuestra que sus relaciones nunca fueron amistosas o ya habían dejado de serlo.

Majorana se cuidaba mucho de hablar de física. Prefería temas como las batallas navales, la medicina, la filosofía. «Su interés por la filosofía, que siempre estuvo vivo en él, se había acen-
tuado mucho.» Pero eso mismo, el evitar hablar de física, demuestra que no la había abandonado, que más bien era su obsesión. «Ninguno de

nosotros», dice también Amaldi, «supo nunca si seguía dedicándose a la física teórica; yo creo que sí, pero no podría asegurarlo.»

Trabajaba mucho, «horas y horas, algo excepcional». ¿Y en qué trabajaba? Porque de todo aquel periodo sólo ha quedado la *Teoría sobre la simetría del electrón y del positrón*, que publicó él mismo en 1937, y el ensayo *Sobre el valor de las leyes estadísticas en la física y en las ciencias sociales*, que fue publicado cuatro años después de su desaparición. Bien pueden tener razón los que piensan que ya no se dedicaba a la física, pero también quienes opinan lo contrario. Escribía noche y día, y ya escribiera sobre física o sobre filosofía, lo único que nos queda son esos dos breves ensayos. Lo que significaría que antes de desaparecer lo destruyó todo, y lo único que se salvó, por accidente o porque así lo quiso él, es el ensayo que Giovanni Gentile hijo publicó en el número de febrero-marzo de 1942 de la revista *Scientia*. El ensayo concluye con unas palabras que a nosotros, muy poco versados en física y aún menos en ciencias sociales, nos parecen harto sugestivas: «Un contador automático podría registrar de manera mecánica la desintegración de un átomo radiactivo si ésta se amplificara convenientemente».

temente. Así pues, con medios técnicos comunes y corrientes se podría provocar una reacción de fenómenos en cadena compleja y espectacular, "determinada" por la desintegración accidental de un solo átomo radiactivo. Desde el punto de vista estrictamente científico, nada nos impide considerar plausible la idea de que el origen de ciertos acontecimientos humanos pueda consistir en un hecho vital igualmente sencillo, invisible e imprevisible. Si así fuera, como creemos, las leyes estadísticas en ciencias sociales resultarían de gran provecho, pues además de determinar empíricamente la resultante de un gran número de causas desconocidas, describirían la realidad de manera inmediata y concreta. Saber interpretarlas requiere un arte especial, que no debería desdeñar el buen gobernante.» Nos parecen, decimos, palabras profundamente sugestivas porque muestran inquietud, miedo. Automáticamente nos hemos puesto a versificarlas, y sobre una hoja hemos escrito las frases disponiéndolas en renglones según cierto ritmo y apariencia. Curiosa, inútil operación, dirán ustedes: pero al leerlo como en verso lo asalta a uno cierta inquietud, cierto temor. Intenténlo y verán: será como un epigrama (queremos decir que parecerá una composición poé-

40

tica breve y conceptuosa, aunque, ¿por qué no?, también humorística, satírica).

Su hermana Maria recuerda que Ettore solía decir que la física, o los físicos —no lo recuerda bien—, «van por mal camino». Y es seguro que no se refería a la investigación en sí misma, a los resultados que habían obtenido y estaban obteniendo en el campo de la experimentación. Él hablaba quizá de vida o muerte, querría más bien decir lo mismo que dicen que dijo el físico alemán Otto Hahn cuando, a principios de 1939, empezó a hablarse de «liberar la energía atómica»: «¡No lo quiera Dios!».

El caso es que, según lo que sabemos por testigos fidedignos y coincidentes, Ettore Majorana se comporta esos años como una persona «asustada». Versos de Eliot o de Montale podrían ayudarnos a ilustrar ese miedo, personajes de Brancati a justificarlo psicológicamente; los personajes marginales, entendámonos, como el Ermenegildo Fasanaro del *Il bell'Antonio*, personas a las que aterra ver esa especie de «fisión humana», ese desatarse de la energía del mal en el hombre (1939-1945), y sobre todo como el protagonista del relato *La cimice*, al que nos recuerda por cierto detalle que cuenta Amaldi: Majorana se dejó crecer el pelo «más largo de

lo normal» (eso entonces; pero hoy,⁵ en que es normal llevarlo largo, ¿no existe también un miedo, más extendido y general?), hasta que un día un amigo «se empeñó, pese a sus protestas, en mandarle a un barbero».

Agotamiento nervioso, concuerdan los testigos (y lo dijeron también los médicos de la familia), y algunos dicen eso por no decir locura, como tendrían que hacer de no existir ese delicado, «moderno» eufemismo. Pero ni agotamiento nervioso ni locura son una especie de puertas abiertas por las que se sale y se entra cuando uno quiere. Y Majorana, cuando quiere, sí demuestra poder reintegrarse a lo que Amaldi llama «la vida normal». Y lo hace, a nuestro juicio, por un puntillo de lo más «normal», porque siente despertar en su ánimo el latente antagonismo que tenía con Fermi y «los muchachos de Via Panisperna», que ya no eran muchachos sino señores profesores o cate-dráticos, con todo lo que implica, en cuanto a estrategias y tácticas internas, en cuanto a costumbres, ser profesor en Italia, formar parte de la vida académica en Italia (y fuera de Italia). Y sentimos tener que decir que la versión de la

5. Es decir, en 1975. (N. del T.)

reintegración de Majorana a la «normalidad» que dio el mundillo académico es falsa: no fueron Fermi y los demás quienes lo convencieron para que opositara a la cátedra de física teórica. Cuando se decidió convocar oposiciones a las tres cátedras, contaron en realidad con que Majorana no participara, y creemos que éste decidió presentarse por el placer de desbaratarles el juego, un juego que prepararon a sus espaldas y excluyéndolo. Laura Fermi rompió sin más esa especie de ley del silencio que ha existido sobre el tema y cuenta las cosas tal como fueron. La terna de ganadores estaba, como siempre, ya perfectamente decidida antes de convocar el concurso, y eran, en este orden: Gian Carlo Wick el primero, Giulio Racah el segundo, Giovanni Gentile hijo el tercero. «Cuando la comisión, de la que formaba parte también Fermi, se reunió para examinar los méritos de los candidatos, ocurrió algo que dio al traste con lo previsto: sin consultar a nadie, Majorana decidió presentarse. Eso tendría evidentes consecuencias: él saldría el primero y Giovanni Gentile quedaría fuera.» Viendo el peligro, el filósofo Giovanni Gentile recuperó las energías y luces como buen padre de familia que era de su querido Castelvetro, e hizo que el minis-

tro de Educación suspendiera el concurso, que ya no volvió a convocarse hasta que Majorana quedó descartado al ser graciosamente nombrado catedrático de física teórica de la Universidad de Nápoles por «méritos» y según una vieja ley del ministro Casati que el fascismo vigorizó en 1935. Y así todo volvió al orden. Y Majorana tuvo que reintegrarse en serio a la «normalidad»: él, que quiso opositar solamente por hacer rabiar a los colegas. Más tarde, tras su desaparición, algunos de estos colegas dijeron que huyó por el pánico, por el trauma de tener que comunicarse, que enseñar.

Como diciendo que no le estaba mal.

Por amor propio, pues, por puntillo, puso en marcha un mecanismo en el que quedó como atrapado. Esto podemos darlo por seguro: que se sentía atrapado en la jaula de una «normalidad» que lo obligaba a seguir adelante, a publicar, a mantenerse a la altura de esos «méritos» que le habían valido el nombramiento de catedrático; a hacer, en fin, de manera regular e interrumpida, aquello que siempre había querido y que en los últimos años había conseguido evitar, como por una definitiva renuncia. No, ya no podía no considerarse un Fermi.

Claro está que también lo incomodaba tener que enseñar: hablar, comunicarse, exponerse. Pero según las cartas que escribió a su familia y los recuerdos de su hermana y de quienes por entonces lo trataron, tampoco parece que la enseñanza le causara mayor trauma. Tenía pocos alumnos, lo que para él debía de ser un alivio,

y sólo uno de ellos estaba atento y mostraba interés, lo que ya sería suficiente satisfacción.

Su vida en Nápoles, en esos tres primeros meses de 1938, se reparte entre el hotel y el Instituto de Física; con el director de éste, Carrelli, departe largamente sobre física al acabar las clases. Aunque Majorana nunca lo dijo ni lo dio a entender, Carrelli tenía la impresión de que estaba trabajando en algo «muy importante, de lo que evitaba hablar».

Paseaba solo a orillas del mar, mientras buscaba una pensión a la que trasladarse para dejar el hotel. Curiosamente, pese a que dice tener la dirección de «buenos sitios» y a que el 22 de enero anuncia a su madre que se traslada a una pensión, parece que no encontró pensión, por lo que el hotel Terminus se pasa en febrero al más limpio y confortable Bologna, otro hotel. Y aquí surge nuestra primera duda, nuestra primera sospecha: que ya en enero encontró pensión y que desde entonces, pensando en desaparecer, hacía una doble vida entre esa pensión y el hotel. Y es que creemos que su desaparición fue como una audaz y perfectamente calculada construcción, como la burla que Filippo Brunelleschi tramó contra el Grasso Legnaiuolo, una construcción tan aérea y liviana que basta-

43

ría una nadería para derrumbarla, pero que sigue en pie justamente porque esa «nadería» ha sido calculada. Verdad es que también existe lo imponderable, lo imprevisible: que la burla de Filippo saliera bien no dependía, a diferencia de la cúpula de Santa Maria del Fiore, solamente de su cálculo, de su pericia, de su vigilancia; también se necesitaba suerte, como en todo aquello en que lo imprevisible entra en juego y puede desbaratar un plan. Y a Brunelleschi suerte no le faltó. ¿Parecería cínico decir que tampoco le faltó a Majorana? El caso es que él, matándose o huyendo, lo que quería era desaparecer, y todos aquellos azares que dejaron de concurrir a que lo encontraran podemos verlos, dado lo que quería, como lo que suele llamarse buena suerte.

Pero vayamos por partes. Ettore daba dos clases a la semana en la universidad, y para ello no era necesario residir en Nápoles, pues tenía casa en Roma. Por lo tanto, vivir en un hotel, más solo de lo que lo estaba en familia, le gustaba. Además, en las cartas que escribe desde Nápoles se lo nota más distanciado, más frío con su familia que en las de Alemania, sobre todo en la última. Quizás es que en la «normal» alegría de la familia por su recobrada o re-

cién estrenada «normalidad», en el orgullo por el excepcional reconocimiento que suponía su nombramiento por «méritos», él, hipersensible como era, veía cierta incomprensión. Lo cierto es que en Nápoles dio otro paso hacia la completa soledad a la que aspiraba. Sólo le quedaba dar uno más, el definitivo.

Para dar este paso, para superar sus dificultades y asegurar su éxito, creemos que «reflexionó» mucho. Aunque apócrifa sin duda, la frase de Bocchini —«A los muertos se los encuentra, son los vivos los que desaparecen»— viene muy al caso, con la salvedad de que sólo los vivos inteligentes pueden desaparecer sin dejar rastro, o, si tienen que dejar algún rastro, pueden desaparecer con tal cálculo y previsión que los demás se equivoquen al interpretarlo y sigan pistas falsas; los demás: es decir, la policía. Y en esto, juzgando a la policía como Bergotte al profesor Cottard, creemos que a Majorana le fue de gran provecho la experiencia adquirida con los más de veinte mil folios que constituían el sumario del caso Dante y Sara Majorana cuando llegó al tribunal de Florencia.

El 25 de marzo, a las diez y media de la noche, Ettore Majorana salía de Nápoles para Palermo a bordo del barco correo. Había echado una carta para Carrelli, director del Instituto de Física, y había dejado en el hotel otra para su familia. Se comprende por qué no echó al correo también ésta: había calculado cómo se sucederían —y se sucedieron— los acontecimientos, y no quería que su familia recibiera la noticia bruscamente, sino de manera gradual. Las cartas nos son conocidas desde que las publicó Erasmo Recami, joven profesor de física que se ocupa de los papeles de Majorana en la Universidad Domus Galileiana; pero creemos conveniente releerlas. Ésta es la dirigida a Carrelli:

«Querido Carrelli:

»He tomado una decisión a estas alturas inaplazable. No es por egoísmo, aunque soy consciente de los trastornos que mi repentina desaparición os causarán a ti y a los alumnos. Te pido perdón, por eso y sobre todo por traicionar la confianza, la sincera amistad y el afecto que me has demostrado estos meses. Dales por favor recuerdos a quienes he podido conocer y estimar en tu instituto, en especial a Sciuti; siempre los recordaré con cariño, al menos hasta las

once de esta noche, y es posible que también después».

¿Qué quiere decir «no es por egoísmo», sino que inspiraban la decisión un sentir, un entender, un dolor muy distintos del de la gastritis y la cefalalgia con que algunos la explican? Ahí está eso, claro e inequívoco, y sin embargo nadie ha parecido advertirlo. Y luego está lo de la hora, esas «once de esta noche» llenas de ambigüedad: casi poniendo en duda, negando la inmortalidad del alma, y al mismo tiempo marcando el límite entre la vida y la muerte, entre decidir matarse y seguir viviendo. ¿Y por qué esa hora precisa? No era la más indicada para suicidarse en aquel barco. Si éste había salido a las diez y media, a las once se hallaría aún en el golfo de Nápoles, no lejos del puerto; las luces de la ciudad aún se verían y habría muchos pasajeros en cubierta y marineros yendo y viniendo. Si un hombre se tirara al agua a la media hora de zarpar, al menos lo verían, aunque no lograrán salvarlo. ¿Cómo no iba a tenerlo en cuenta Majorana, si de verdad quería suicidarse?

Esa cifra -once- debe de encerrar algún misterio, algún mensaje; quizás un matemático, un físico, un entendido en las cosas de la mar po-

(45)

dría descifrarlo. Aunque también es posible que Majorana lo anunciara para que así lo creyéramos, para que creyéramos que había una intención, un mensaje, y hemos llegado a pensar, por ejemplo, que las once podía ser la hora en la que, según el ciclo de corrientes marítimas del golfo de Nápoles, había calculado que su cuerpo no sería hallado.

Hemos visto otras cartas de suicidas, y en todas se percibe, aun en la letra, más o menos claramente, algún tipo de alteración, de trastorno, de desorden. En cambio, las dos cartas de Majorana revelan un orden, un plan, una coherencia, un saber jugar a la ambigüedad que por fuerza han de ser deliberados, conociéndolo como ya lo conocemos. Incluso creemos que utilizó la palabra «desaparición», en lugar de «muerte» o «fin», para que pareciera un eufemismo, cuando no lo era.

Veamos ahora la otra carta, si carta puede llamarse, dirigida a su familia: «Sólo os pido una cosa: no vistáis de negro, y, si es por seguir la costumbre, poneos sólo alguna señal de luto, pero no más de tres días. Luego, si podéis, recordadme con vuestro corazón y perdonadme». En este caso también hay un número, el tres. Tres, once; tres más once, catorce. ¿Significan algo estos nú-

meros? No entendemos de números, entendemos de palabras. Y, en la breve carta, hay dos que debieron de doler: «Si podéis».

Aún no había llegado la carta a Carrelli cuando Majorana, desde Palermo, le enviaba un telegrama urgente en el que le decía que olvidara lo que en ella había escrito. Carrelli la recibió luego, entendió el sentido del telegrama, telefoneó a los Majorana a Roma. Poco después recibió otra carta de Ettore, también desde Palermo, en papel del Grand Hotel Sole:

«Querido Carrelli:

»Espero que te llegaran a la vez el telegrama y la carta. El mar me rechaza y vuelvo mañana al hotel Bologna, quizás en el mismo barco que esta carta. Pero voy a renunciar a la docencia. No creas que soy como una de esas jovencitas ibsenianas, porque es distinto. Seguiremos en contacto».

La carta es del 26 de marzo. Según averiguó la policía, la tarde de ese mismo día, a las siete, Majorana se embarcaba en el barco correo de

Nápoles, y desembarcaba en esta ciudad al día siguiente a las seis menos cuarto de la mañana. Pero nosotros tenemos ciertas dudas: no porque pensemos que se tiró al mar en el trayecto de vuelta, sino porque creemos que no embarcó aquella noche del día 26 en Palermo.

Que alguien hizo aquel viaje de Palermo a Nápoles lo demuestra el hecho de que el billete de vuelta había sido utilizado y se hallaba en la dirección de la compañía Tirrenia. Que en el camarote correspondiente al asignado a Ettore Majorana viajó una persona que podía ser él, lo dijo el profesor Vittorio Strazzeri, que pasó la noche en el mismo camarote.

Por los billetes que fueron devueltos resulta que en ese camarote viajaban un inglés, Carlo Price, así como Vittorio Strazzeri y Ettore Majorana. Al primero fue imposible localizarlo, pero dar con el profesor Strazzeri, docente en la Universidad de Palermo, no fue difícil.

El hermano de Ettore le escribe preguntándole (y adjuntando, suponemos, una foto), y el profesor Strazzeri manifiesta dudas en dos puntos: el de haber viajado efectivamente con Ettore Majorana, y el de que «el tercer hombre» fue-

ra inglés. En cambio, sí tiene la «absoluta convicción de que si la persona que viajó conmigo era su hermano, no se suicidó al menos hasta llegar a Nápoles». En cuanto al inglés, dice, puede que se llamase Price, pero hablaba italiano «como nosotros los del sur» y tenía modales rudos, de comerciante para abajo. Es un verdadero caso de «tercer hombre». Sin embargo, tiene fácil solución. Como el profesor Strazzeri habló un poco con el hombre que debía de ser Carlo Price y nada con el que debía de ser Ettore Majorana, podemos suponer que la persona que no habló y de quien Strazzeri supo después que debía de ser Majorana, era en realidad el inglés, y que el supuesto Price, alguien del sur, era quizás un siciliano, quizá lo que parecía, un comerciante, que viajaba en lugar de Majorana. Y nada tiene esto de novelesco: Majorana bien pudo ir a la Tirrenia a la debida hora y dar su billete a alguien de la cola que, por edad, talla y color de pelo, se le pareciese (cosa nada difícil, porque muchos sicilianos tienen cierto aspecto «árabe»). Porque si no se acepta esta explicación, o habrá que poner en duda el testimonio del profesor Strazzeri, o habrá que tirar, ahora sí, de lo novelesco, como ya han hecho algunos, y pensar que Price no era Price, sino un tipo del sur, un

48
siciliano, que se hacía pasar por inglés para vigilar y conducir a Majorana, y así, de disparate en disparate, que había una mafia que, como a la de blancas, se dedicaba a la trata de físicos.

Pero, independientemente de las hipótesis, lo significativo es el hecho de que el señor Strazzeri, que no está seguro de haber viajado con Ettore Majorana, sí lo esté de que la persona que podía ser Majorana desembarcara en Nápoles, hasta el punto de que sugiere al hermano que busquen en los conventos, porque no sería la primera vez que personas «no muy religiosas» hayan decidido hacer vida claustral, añade, revelando de paso el prejuicio de pensar que un hombre de ciencia no puede sino ser poco religioso y aun abiertamente descreído. Pero en este caso se equivocaba. Ettore Majorana era religioso. Su drama fue religioso, pascaliano, podemos decir. Fue de los primeros que sintió la zozobra religiosa a la que llegará la ciencia, si no lo ha hecho ya, y por eso estamos escribiendo ahora sobre su vida.

La carta del profesor Strazzeri, en la que sugiere buscar en los conventos, es del 31 de mayo.

Pero hemos visto que, ya el 16 de abril, Giovanni Gentile pedía a Bocchini que hiciera eso mismo, sin duda a petición de la familia.

El 17 de julio, en la sección de anuncios de desaparecidos *¿Quién lo ha visto?* del más popular de los suplementos semanales italianos, *La Domenica del Corriere*, aparecía una pequeña foto y una descripción de Ettore Majorana: «Treinta y un años, 1,70 de estatura, delgado, moreno de pelo, ojos oscuros, larga cicatriz en el dorso de la mano. Se ruega a quien sepa algo se dirija al reverendo padre Marianecchi, Viale Regina Margherita, 66, Roma». Respondió el superior de la iglesia de Gesù Nuovo de Nápoles, declarando que, a finales de marzo o a principios de abril, un joven que casi podía jurar que era el de la foto, se presentó a él y le pidió hospedaje, diciendo que deseaba retirarse del siglo y hacer vida religiosa. La propiedad del lenguaje y de su uso hace pensar que el joven sabía cómo debía proceder. Y si eligió a los jesuitas fue quizá por apego o por costumbre: Ettore Majorana fue alumno en el colegio jesuita Massimo de Roma y conocía bien las reglas y la disciplina de la orden (en una especie de boletín del colegio para el periodo del 15 de diciembre de 1917 al 27 de enero de 1918, figuran es-

tas calificaciones: Piedad, 10; Disciplina, 10; Estudio, 10; Urbanidad, 10, eso en cuanto a «dormitorio»; en cuanto a clase, 10 en Conducta, 9 en Diligencia y Provecho; y eso de 10 en piedad —que no es como «nuestra» piedad, bien lo sabemos— nos parece muy elocuente).

El religioso, que ve muy agitado al joven y no las tiene todas consigo, dice que sí, que sería posible, aunque no enseguida, y que vuelva en otro momento. Pero Ettore no volvió.

Eso ocurría a finales de marzo o principios de abril. ¿Antes de viajar a Palermo y escribir las cartas en las que anuncia su suicidio, o después, ya de vuelta en Nápoles? Porque a esta ciudad, según dijo la enfermera, regresó, aunque no lo hiciera en el barco del 27 de marzo. Y ella, la enfermera, no era una cualquiera que, sin apenas conocerlo, como hacen otros, se metiera donde no la llamaban: era su enfermera, de la que él habla en una carta a su madre y que le dio la dirección de las pensiones. De hecho, su testimonio era el único imponderable, el único imprevisto que venía a desbaratar lo que, creemos, fue un plan de Majorana para desaparecer, y si a ese imprevisto se hubiera sumado el de una policía que hubiera escuchado a la enfermera, quizás ahora no hablaríamos de

la desaparición de Majorana. Pero lo previsible era que la policía no le hiciera caso y considerase su versión fruto de esa especie de mitomanía que los casos misteriosos siempre suscitan.

La familia sí creyó a la enfermera, y también que el superior del Gesù Nuovo vio a Etto-
re después del 27 de marzo; lo creyó toda la familia, suponemos, durante cierto tiempo, y la madre hasta que murió, porque en el testamento le deja, «para cuando vuelva», su parte de la herencia; y nosotros estamos convencidos de que creía bien.

La carta que escribió la madre a Mussolini no es un delirio de amor materno ni de esperanza: dice cosas objetivamente ciertas y exactas. Sobre todo, la siguiente, que podría resumir la carta: «Fue siempre una persona juiciosa y equilibrada y por eso el drama de su alma y de sus nervios parece un misterio. Pero una cosa es cierta, y así lo dirán todos sus amigos, su familia y yo misma, que soy su madre: nunca dio muestras de trastorno psíquico o moral como para que podamos pensar que se suicidó; al contrario, lo tranquilo y riguroso de su vida y sus estudios no permite, incluso lo prohíbe, creer que fuera otra cosa que una víctima de la ciencia».

Otras cosas perfectamente sensatas y cabales, que habrían seguido siéndolo aun pasadas por el tamiz mental de la policía, añade la madre en la misma carta: que buscasen en el campo, en casa de algún campesino, donde podría haberse hospedado y vivir con el dinero que llevaba, que informasen a los consulados del número de su pasaporte y del hecho de que ca-
ducaba en agosto...

Porque otro elemento contra la tesis del suicidio es éste: Ettore Majorana llevaba su pasaporte y dinero. El 22 de enero escribía a su madre que mandara a su hermano Luciano al banco a retirar su parte del dinero y se la enviase *toda*. Y días antes del 25 de marzo, día en que anunció su suicidio y embarcó hacia Palermo, retiró el importe de las pagas de los meses de octubre a febrero que había dejado acumularse. Él no tenía apego al dinero, pero que se lo cobrara cuando pensaba suicidarse, ¿no resulta poco verosímil? Sólo tiene una explicación: fuera para lo que fuese, lo necesitaba.

O mejor dicho, hay otra explicación, más rebuscada: que lo absurdo de que alguien que

fuera a suicidarse se llevara el pasaporte, y todo el dinero que pudiera, hiciese concebir a su madre la esperanza de que vivía, de que no se había suicidado. Pero contradice esta explicación el que les pida que no vistan de luto o que lleven a lo sumo alguna señal de duelo durante tres días, que en Sicilia son de rigor. Está claro que quería que creyeran en su muerte.

Mientras preparaba *una* muerte o *la* muerte, mientras preparaba una condición en la que olvidar, olvidarse y ser olvidado (que es la de la muerte real, pero que también puede ser la de la muerte civil, siempre que el interesado tenga el cuidado y la determinación de no relacionarse con «los demás» y de mirar la vida y los sentimientos ajenos con ojo de entomólogo; no lo hizo Matías Pascal, pero sí, más de veinte años después, Vitangelo Moscarda; y si recordamos a estos dos personajes pirandellianos es también porque, en la prensa y la televisión, se aseguró que Ettore Majorana veía en Matías Pascal un modelo ideal, cuando en realidad sus inquietudes lo asemejan más al protagonista de *Uno, ninguno y cien mil*; mientras preparaba, decimos, su propia desaparición, y la organizaba y planeaba, creemos que Majorana entrevió la posibilidad —contradicción, contrapartida, contrapunto— de

que las circunstancias de su breve vida, sumadas al misterio de su desaparición, engendraran un mito. Que eligiera morir ahogado —fuera o no a morir— recuerda e imita a un personaje mítico: el Ulises de Dante. Y que planeara que su cadáver no apareciera, o que creyeran que se lo había tragado el mar, no hace sino confirmar el antecedente mítico. En todo caso, en el hecho mismo de desaparecer hay ya algo mítico. De la persona cuyo cadáver no aparece y cuya muerte, por no poder ser oficializada, no es muerte «real», o del desaparecido que tiene otra identidad y otra vida —no «reales»— en otro sitio, y vive en lo invisible, que es la esencia del mito, siempre queda un recuerdo, además de burocrático y judicial (la «presunta muerte» es declarada a los cinco años de la desaparición), también de piedad insatisfecha, de rencillas no resueltas. Si los muertos son, como dice Pirandello, los «pensionistas de la memoria», los desaparecidos son como sus empleados: reciben mayor y más duradera cuota de memoria. Todos los desaparecidos. Pero especialmente Ettore Majorana, en cuya mítica desaparición adquirirían míticos significados su juventud, su mente prodigiosa, su ciencia. Majorana, creemos, era consciente de esto, y aunque por encima de todo deseara ser un

«hombre solo» o «dejar de ser», sabía que con su desaparición podía dar lugar a un mito: el del rechazo de la ciencia.

Había nacido en Sicilia, que llevaba más de dos mil años sin dar un solo científico y donde de vivir, si no contra la ciencia, sí sin ella era lo más normal; sólo por ser científico él ya era una rareza.* Además, ese «llevar dentro de sí» la ciencia, como si fuera una función vital, pauta de su vida, debía de resultarle una carga angustiosa; una carga mortal, tanto más pesada cuanto que

* Como es natural, no queremos afirmar que si en más de dos mil años no ha habido en Sicilia un científico es porque los sicilianos sean negados para la ciencia. Afirmaciones así no las hacemos sin razones históricas, una, por ejemplo, la de la presencia, más prolongada, dominadora y extendida que en otras regiones de Italia, de la Inquisición, la Inquisición española, y por esa misma razón también puede considerarse a España un país negado para la ciencia. Ni tampoco queremos afirmar que en Sicilia, entre Arquímedes y Majorana, nadie se haya dedicado a la ciencia. Lo hizo Maurolico, lo hicieron Bernardino d'Ucria y Domenico Bottonne, botánicos; Tommaso Campailla, filósofo y experimentador; Giovanni Filippo Ingrassia, médico anatomista; Stanislao Cannizzaro, químico. Y precedentes inmediatos de Ettore Majorana pueden ser la «escuela matemática de Palermo» y —precedente incluso familiar— el físico Quirino Majorana, profesor en la Universidad de Bolonia, que se pasó la vida tratando de demostrar que la teoría de la relatividad era falsa, y aun sin conseguirlo y reconociendo honestamente que no lo conseguía, siguió intentándolo de manera obsesiva, caso que, por cierto, nos parece «muy siciliano». Qué curioso sería saber cómo se llevaban, cómo disputaban sobre la teoría de la relatividad el tío, que se negaba a aceptarla, y el sobrino, que la defendía. (N. del A.)

intuía que podía empezar a objetivarse con la investigación y el descubrimiento de uno de los secretos de la naturaleza, a depositarse sobre la vida humana, a envolverla y a extenderse como polvo mortal. «En un puñado de polvo te mostraré el horror», dice el poeta. Creemos que Ettore lo vio en un puñado de átomos.

¿Fue la bomba atómica lo que vio? Los entendidos, especialmente aquellos que la desarrollaron, lo niegan de firme. Nosotros nos limitaremos a exponer una serie de datos y hechos relacionados con Ettore Majorana y con la historia de la fisión nuclear, y veremos, seamos o no expertos en la materia, que el panorama es muy inquietante.

En 1931, Irène Curie y Frédéric Joliot habían interpretado los resultados de ciertos experimentos atribuyéndolos a un «efecto Compton sobre los protones». Al leer esta interpretación, Majorana dijo al punto —según Segrè y Amaldi— lo mismo que Chadwick expuso en una carta a la revista *Nature* el 17 de febrero de 1932; sólo que mientras Chadwick, si el título de su escrito no nos engaña, daba su propia explicación como

posible («*Possible existence of a neutron*»), Majorana ya sabía que era la acertada, y por eso había dicho, seguro y riendo: «¡Bobos! Han descubierto el protón neutro y no se dan cuenta».

Como hemos visto, en 1932, seis meses antes de que Heisenberg publicara su trabajo sobre las «fuerzas de intercambio», Majorana ya había formulado la misma teoría ante sus colegas del Instituto de Roma y se había negado a publicarla. Cuando lo hizo Heisenberg, Ettore comentó que había dicho todo lo que se podía decir sobre el tema, «probablemente demasiado». ¿«Demasiado» en el plano científico o en el moral?

En 1937, Majorana publica la *Teoría sobre la simetría del electrón y del positrón*, que, según creemos, no llegó a circular debidamente hasta veinte años después, cuando Lee y Yang descubrieron las *elementary particles and weak interaction*.

Estas tres circunstancias ilustran su rápida y profunda intuición, su método seguro, su gran manejo de medios y mucho criterio selectivo, y con todo ello, ¿no pudo comprender lo que otros no comprendían, ver lo que otros no veían, anticiparse, en fin, al futuro, si no técnica o experimentalmente, sí de manera visionaria, profética? Dice Amaldi: «En general, en los

problemas que trató, en los métodos con los que los estudió, en los recursos matemáticos que eligió para afrontarlos, se nota su tendencia a adelantarse a los tiempos, como si tuviera algo profético». Y Fermi, hablando con Giuseppe Cocconi en 1938, tras la desaparición, dice: «Hay varias clases de científicos; están los de segundo o tercer orden, que hacen lo que buenamente pueden y no pasan de ahí; están los científicos de primer orden, que hacen descubrimientos de gran importancia, fundamentales para el progreso de la ciencia. Y luego están los genios, como Galileo y Newton. Pues bien, Ettore Majorana era uno de ellos. Majorana tenía lo que muy pocos tienen, pero carecía de lo normal en los demás: sentido común».

Si esto es exactamente lo que dijo Fermi, es evidente que se olvidaba de un genio como Galileo y Newton que vivía en aquel momento: Einstein. Pero el caso es que, para él, Majorana también lo era. ¿Por qué, pues, no había de ver o intuir un genio lo que científicos de tercer, segundo y primer orden aún no veían ni intuían? Recordemos que ya en 1921, hablando del trabajo sobre energía atómica de Rutherford, un físico alemán advertía: «Vivimos en un polvorín», y añadía que, gracias a Dios, aún no ha-

54
bían encontrado la cerilla con que encenderlo (dejando ver que pensaba que quien la encontrara lo encendería enseguida). ¿No podía haber entendido un genio de la física, quince años después, al ver, si no reconocida, descubierta la fisión nuclear, que ésta era la cerilla, y haber renunciado a todo —puesto que carecía de sentido común—, con consternación, con terror?

Como se sabe, Fermi y sus colaboradores realizaron sin darse cuenta la fisión (llamada entonces «escisión») del núcleo de uranio en 1934. Sospechó lo que era eso Ida Noddack, y así lo comentó, pero ni Fermi ni otros físicos hicieron caso hasta cuatro años después, a finales de 1938. Ettore Majorana, en cambio, sí pudo haberles hecho caso, pudo haber visto lo que los físicos del Instituto de Roma no alcanzaban a ver, sobre todo cuando estaban, como dice Segré, «ciegos»: «Aún no me explico cómo estuvimos tan ciegos»; y seguro que lo decía considerandoándolo providencial, porque el estar ellos ciegos evitó que Hitler y Mussolini dispusieran de la bomba atómica.

No tan providencial —y con la Providencia siempre ocurre así— lo habrían considerado los habitantes de Hiroshima y Nagasaki.

«No he acertado a ver la vil conspiración del bruto Calibán contra la vida.» La cita sólo se diferencia en una breve palabra *-mi-* de la frase de Próspero, y así nos la repetimos mientras caminamos tras el padre cartujo que guía nuestra visita al convento. Es holandés, alto, delgado, y tendrá nuestra misma edad. Se apoya en un bastón largo y tosco, como un caya-do de pastor o de eremita, y camina arrastrando con dolor un pie bien envuelto en vendas. Habla maquinalmente de la orden y la historia del convento, pero a ratos se vuelve y, titubeando un momento, nos mira fijamente con sus ojos claros, en los que creemos ver destellos de recuerdo, de ironía. Parece adivinar las preguntas que querríamos hacerle y, desarmado, desarmante, se adelanta a contestarlas: no, dice, en la orden no hay ni ha habido glorias literarias ni científicas; lo único digno de mención que ha hecho

un cartujo en este convento es copiar una antigua crónica.

Y la verdad es que, no bien hemos entrado en esta especie de ciudadela entre bosques, toda nuestra curiosidad, nuestra ansia, han desaparecido. La frase de Próspero resuena en nuestras mentes como entre paredes desnudas: «No he acertado a ver la vil conspiración del bruto Calibán contra la vida», y nos trae otras del mismo Próspero, misma escena del acto IV de *La tempestad*, penúltima obra de Shakespeare, última en cierto sentido: «Nuestros actores, como ya digo, no eran sino espíritus, y en el aire, en el aire leve se han disuelto. E idénticas, por su fábrica sin fundamento, a esta visión, también las torres encapotadas de nubes, los espléndidos palacios, los sagrados templos, el mismo globo terráqueo y todo cuanto contiene, están abocados a disolverse y, al igual que esas formas sin cuerpo que acabáis de ver desaparecer, tampoco dejarán tras de sí ni aun una leve nube. Estamos hechos de la misma sustancia que los sueños y nuestra corta vida acaba en un dormir». Porque lo que estamos viendo —el vasto jardín en cuyo centro se yerguen, como en un cuadro de Monsú Desiderio, el claustro y la fachada derruida de una iglesia, según dice el folleto que el cartujo nos

76
ha dado, por un terremoto; los largos y desiertos corredores, las celdas vacías, cada una con una ventana cuyo alféizar hace las veces de escritorio (solución, dice el cartujo, muy apreciada por Le Corbusier); las antiguas imágenes, los amarillentos y apolillados aguafuertes del fundador de la orden—, todo esto nos produce una sensación de disolución e irrealdad, como si estuviéramos en uno de esos sueños en que sabemos que soñamos. Aunque quizá la cita que nos repetimos tiene más que ver con el sentido de nuestro viaje, de nuestra visita: en este convento se refugió alguien que para no traicionar la vida traicionó la conspiración contra la vida, aunque eso no acabó con la conspiración, el disolverse continúa, el ser humano se disgrega y volatiliza en la misma sustancia de los sueños. ¿Y no es ya como un sueño de lo que el hombre «era» la sombra que quedó grabada en una pared de Hiroshima?

Sí, por eso hemos hecho este viaje, por eso hemos venido a este convento de cartujos: por seguir una vaga, inquietante pista de Ettore Majorana. Una noche que hablábamos de su misteriosa desaparición con Vittorio Nisticò, director del periódico *L'Ora*, tuvo éste de pronto un preciso recuerdo: siendo él jovencísimo, en la

guerra o muy poco después, digamos que en 1945, visitó con un amigo cierto convento car-
tujo, y en un momento dado un «hermano» (los
«hermanos» viven menos retirados que los «pa-
dres», hacen esa vida activa que permite a és-
tos dedicarse a la contemplación, al estudio o
a la lectura espiritual, y cocinan y cultivan el
huerto; salen a menudo y tratan abiertamente
con la gente del exterior), un «hermano», decía-
mos, les confesó que en el convento, entre los
«padres», había «un gran científico».

Y para confirmar la exactitud del recuerdo
llamó al amigo que lo había acompañado. Éste
lo corroboró, y precisó que el «hermano» que
les dijo aquello era sobrino del escritor Nicola
Misasi. Pero como Nisticò era periodista, el otro,
pensando que buscaba algo más actual, que hu-
biera sido noticia hacía poco, y por no saber
de aquel científico del que treinta años antes
les habló el sobrino de Misasi, añadió que, se-
gún se decía, aunque nada se sabía con certeza,
y sólo se comentaba, en el convento, en aquel
convento, vivía aún retirado un miembro de la
tripulación del B-12 que lanzó la bomba ató-
mica sobre Hiroshima.

Afirmaba Savinio que las ruinas que Schlie-
mann encontró debían de ser las de Troya por-

que durante la primera guerra mundial el tor-
pedero inglés *Agamemnon* las había cañoneado:
de no ser por la ira aún no aplacada de Agame-
nón, ¿a cuento de qué iban a disparar contra
una simple landa? Las cosas mismas, además de
nombre, tienen un destino.*

«Absurdo y misterio en todo, Jacinta», dice
el poeta José Moreno Villa.** En todo hay, sin em-

* Alberto Savinio fue el escritor italiano de entreguerras más
grande que ha habido (y hermano —se llamaba Andrea de Chirico—
del pintor italiano más grande de aquel periodo y de otros). Sin em-
bargo, ¿quién conoce sus libros en Italia, pese a la voluntariosa re-
edición estos años de dos o tres de ellos? El mismo Savinio, ha-
blando en alguna ocasión de los lectores mediocres o imbéciles,
decía: «Pero ¿hay mediocres o imbéciles que lean a Savinio?». No
era una pregunta, sino una afirmación: estaba seguro de que no los
había. Y ahora que el número de mediocres, y aún más el de im-
béciles, ha crecido espectacularmente, el de lectores, potenciales o
reales, de Savinio se habrá reducido prácticamente a cero. Confia-
mos en que la traducción y la publicación de sus obras en francés
que este año [1975] ha emprendido la editorial Gallimard le con-
quiste fuera de Italia los lectores que en Italia le faltan. (*N. del A.*)

** Al estilo de Savinio, por cierto, digamos que este verso se
nos graba en la memoria por ese nombre de mujer, que es poco fre-
cuente en Italia, aunque Capuana tituló así una novela suya bas-
tante notable (José Moreno Villa llama a Jacinta «peliculera», pala-
bra española intraducible que viene a significar «apasionada del cine,
fanática del cine y de sus mitos, fantástica», pero que Montale, por
exigencias del verso, traduce por «fotogénica»), y sería el verso que
escogeríamos como cifra de toda la poesía de Moreno Villa si tu-
viéramos que jugar a ese absurdo juego que en época del futurismo
y el *frammentismo* propuso hacer alguien con los poetas italianos:
elegir un verso que encerrase a cada poeta para una microscópica
antología (sólo hubo una excepción: Dante, del que se salvaron dos).
Pero es sintomático que estos juegos surjan en los momentos críti-

58

bargo, «racional» misterio de esencias y correspondencias, fluida y densa trama —de un punto a otro, de una cosa a otra, de un hombre a otro— de significados, casi invisibles, casi indecibles. Cuando Nisticò nos comunicó la inesperada, la insospechada, la increíble noticia que la lejana voz del amigo le traía, nosotros tuvimos una revelación, una experiencia metafísica, una experiencia mística: la certeza racional y más allá de la razón de que, tuvieran o no realidad fehaciente, aquellos dos espectros de hechos que concurrían en un mismo lugar no podían carecer de un significado. El sospechar Nisticò que aquel «gran científico» del que les habló treinta años antes el «hermano» Misasi podía ser Majorana; el rumor de que en el mismo convento había vivido y quizá vivía aún el oficial norteamericano arrepentido que lo mandó o fue miembro de la tripulación del aciago avión..., ¿cómo no iban a estar estas dos circunstancias relacionadas, a reflejarse la una en la otra, a explicarse mutuamente, a valer como una revelación?

cos, como aquel que en la segunda posguerra se propuso, el de diez libros que habría que salvar... de la destrucción atómica. Como si bastara con salvar diez libros, si al final no se salvan los hombres que los lean. Y así vuelve a nuestro tema este breve circunloquio a lo Savinio. (N. del A.)

Pero ahora que seguimos al cartujo por corredores, escaleras y celdas, no queremos ya preguntarle, saber nada. Nos sentimos como llamados, obligados a guardar un secreto. Preguntamos algo, sí, pero sólo cuando el cartujo se vuelve, clava en nosotros sus ojos claros siempre algo recelosos e irónicos y espera nuestras preguntas. ¿Hay norteamericanos en el convento? No, en este momento no; hubo uno durante dos años; suponemos nosotros que al final se fue y quizás abandonó la orden, porque el cartujo añade algo acerca de que los norteamericanos al principio se muestran muy entusiasmados y luego se cansan y se impacientan. Sobre la posibilidad de que haya científicos ya se ha pronunciado antes, adelantándose a nuestra pregunta. ¿Y si hubiera sido científico *antes*, escritor o pintor *antes*? Abre los brazos y sonríe.

Llegamos al cementerio: hay treinta tumbas, treinta túmulos de tierra rojiza con forma de tapa de sarcófago y las correspondientes cruces de madera negra. No figuran nombres. Cada «padre» o «hermano» que muere es enterrado junto a otro, el último que muere yace junto al más antiguo. En el tercer túmulo de la izquierda hay unas flores: yace ahí el prior, muerto unos meses antes; el próximo que muera yacerá en

el cuarto, junto a uno que falleció hace más de treinta años.

Reina entre estas cruces negras una paz inviolable. Y también nosotros nos sentimos en paz.

En la puerta, al despedimos, nos pregunta el cartujo: «¿He satisfecho todas sus *questi*?»; dice *questi*, «demandas»... ¿por no estar muy seguro del italiano o por estarlo mucho del latín?

Hemos preguntado poco, él ha adivinado mucho y se ha hecho el desentendido. Pero respondemos que sí.

Y es verdad.

